

Prólogo

Descubrir es un instante; reconocer demora una vida. Se descubre el amor pero tarde, y casi cuando se envejece se lo reconoce. Entender a otro es, apenas, un acercamiento al otro, y cuando se tienen delante de uno a siete mujeres que han vivido el infortunio de la pobreza -en muchos casos extrema, infancias húmedas, la vida expuesta a la supervivencia-, la respuesta es la falta de respuesta. O el silencio.

Nuestra cultura nos exige subrepticamente soluciones. Un libro que no las tenga pareciera ser algo carente de significación. Sin embargo, un libro puede convertirse en una interrogación al interrogante. Hay quienes salen del cine y exclaman "no me dejó nada". El acto de dejar trae aparejado el otro acto de partir; y si se deja y se parte, de poco sirve, al final de cuentas. Yo también dejo este libro y parto. Pero hay algo que trasunta en los relatos y permanece: la lucha de cada una de las mujeres y la de una Fundación que ha sabido ayudar a que se reconozcan en lo comunitario, en la solidaridad y en la entrega. Fueron ellas, además, quienes preservaron el instante de haber descubierto el amor. Y ahora es el reconocimiento.

Muchos de nosotros vivimos sumergidos en el otro mundo: el de la queja, la neurosis de lo cotidiano, la insatisfacción. Ellas me dieron vuelta y me enseñaron sin pizarrón. Espero

que a ustedes, lectores, les suceda algo similar, sabiendo de antemano que “el maestro ignorante” se propone la ardua tarea de entender -de recibir- a alguien que está lejos, y aportar para que lo lejano devenga vecino. Y que el acto de reconocer atraviese el alma para finalmente mantenerse a centímetros del corazón.

Si las siete entrevistadas hubiesen contado sus vidas frente a las cámaras para un programa de televisión, el resultado hubiese sido lamentable. Condicionadas por las miradas de los televidentes, ellas hubiesen contado lo que la gente hubiese deseado escuchar, y el conductor hubiese resultado su intérprete e instigador. Ellas contaron sus vidas en soledad olvidándose por momentos de ellas mismas. Probablemente jamás imaginaron el lugar que irían a ocupar hoy. Y la FOC viene a ser como un padre afectivo pero también severo. Alejada de la burocracia de las luces y del cemento, la FOC pareciera estar más bien hecha de humanidad y de brazos fuertes para forjar la conciencia de lo comunitario y desde allí resolver las necesidades básicas de quienes, habitando la vulnerabilidad y la zozobra, han podido sobreponerse y ganar. Ganar el acceso a una vida digna y menos dolorosa.

Siete mujeres coinciden en un libro, pero no en el título. Al parecer algunas de ellas se identifican o se sientan representadas. Otras no están enteramente de acuerdo. Sin embargo, después de algunos debates concluyen por mayoría que sí, que el título será Patás sucias. Y es que el origen humilde de cada una de ellas no es el mismo, y eso marca una manera de estar en el mundo y de escribir el mundo. Empezar por las patas y al sustantivo agregarle la suciedad, remite al mal gusto y casi a lo grotesco, más aún cuando todas han logrado formarse, por lo tanto a alguna podría causarle cierta vergüenza.

“Las patas en la fuente” remite al peronismo, a los humildes que se refrescan en las aguas, un día caluroso y revolucionario.

Pero pasaron más de setenta años y varias generaciones, y esa gran masa de obreros de otros tiempos fue esquilhada por el neoliberalismo -*máquina atroz de vaciar mentes*- y lo que queda, lo salvado, son los frutos, la posibilidad de reconstruir al hombre.

Un espacio reúne a estas siete mujeres: la FOC (Fundación de organización comunitaria). Y Elisa Pineda es una de las fundadoras de esta realidad que se mantiene hace treinta años: una mujer que desde joven se enterró en las villas para estar al lado de las necesidades de aquellos que continúan multiplicándose como los peces. Ella observa sus logros y las siete mujeres que se sumaron y se formaron junto a Elisa Pineda, miran a los niños que han crecido, niños que ellas educaron en los jardines y en ese mirar y reconocer al otro se construye una partecita de la sociedad salvada. La Fundación mantiene siete jardines que se fueron construyendo con los años. Cada uno de ellos lleva un nombre y todos están ubicados dentro del radio de lomas de Zamora. Siete mujeres con edades entre los 45 y 50 años han vivenciado los comienzos de la formación de esos siete jardines creados por la FOC, han hecho historia, no la de los broncees sino aquella que se torna invisible y que pertenece, recordando a Eduardo Mallea, a la Argentina invisible. Los invisibles hablan de su invisibilidad y yo les doy cuerpo en la palabra y busco un puerto para que naveguen con comodidad los lectores.

Laurencia

A la primera entrevistada la llamaré Laurencia porque me recuerda el personaje de la obra teatral Fuenteovejuna, una mujer capaz de rebelarse a la violencia del Comendador.

Laurencia nació en una aldea muy humilde del Paraguay. Se llamaba Keikeojó que significa el que se fue. La leyenda cuenta que cuando los colonos llegaron a colonizar esas tierras, el cacique huyó. Entonces los colonos preguntaron quién era el cacique del lugar y los nativos respondieron Keikeojó (Kike, antiguo cacique, se fue). A unos doscientos kilómetros de Asunción, la aldea era un lugar de pocas familias, carente de todos los servicios de la vida moderna, pero con los servicios de la naturaleza: el campo y los árboles para disfrutar. Casas de adobe, mucho calor, muy selvático en ese entonces, sus habitantes cazaban avestruces y cultivaban el algodón y la caña de azúcar.

Su madre, que ya había parido tres hijos con otro marido, y a la pequeña Laurencia con el nuevo consorte, murió en su quinto parto. Laurencia tenía apenas dos años. Era de noche y en la aldea no había autos para llevar a la parturienta al pueblo más cercano que estaba a unos 40 kilómetros. Aventurarse con los golpeteos de un carro hubiese sido una muerte segura. Así que como había poco para hacer, la partera decidió salvar a la recién

nacida, la que llegaría a ser la hermanita menor de Laurencia. La recién nacida fue criada por una tía que acababa de parir.

La pobreza tiene por costumbre hacer muchos niños, y siempre hay una teta para alimentar.

Acaso la madre habría presentado su muerte, porque tiempo antes había hablado con sus tres hijos más grandes, que vivían en la Argentina, y les había arrancado la promesa de que si ella moría, se ocuparían de las hermanitas huérfanas.

Dicen que la comadrona partera que había rescatado de la oscuridad a la luz a medio pueblo, casi enloqueció esa noche. Hizo de partera y de cura. La gente se amuchó a la entrada, ni las velas ni la virgencita de Caacupé pudieron contra la muerte. Era una mujer que tenía esa rara habilidad de tocar panzas y sin preguntar sabía de cuánto tiempo llevaban los encargos, y hasta adivinaba el día en que nacerían los vástagos. Tocaba panzas y ya sabía si venía de nalgas o de cabeza. Sabía y tenía fe, la suficiente para que toda la aldea la considerara casi una santa.

Y como buena santa murió no hace mucho, a los 104 años.

Cuando murió, mi mamá tenía 35 años y cinco hijos. El primer marido la abandonó con mis tres medios hermanos que de a poco se fueron yendo a Buenos Aires. Luego mamá conoció a papá y nos tuvo a mi hermana y a mí. Mamá bordaba y hacía algunas artesanías, calculo que ella había terminado la escuela primaria. Papá calculo que no, tenía una escritura muy pero muy básica. Algo me acuerdo cuando, ya estando yo en Buenos Aires, recibía cartas de él.

Mis tres medios hermanos radicados en Buenos Aires le prometieron a mamá, antes de que ella muriera, que vendrían por nosotras. Ellos, de a poco, se habían establecido y habían armado una vida en el país vecino. Uno consiguió trabajo y trajo al otro y así se fue construyendo la nueva familia en la Argentina. Por último llegamos nosotras.

La pequeña Laurencia fue a vivir con su abuela cuando la madre murió. Pero por desgracia tampoco duró mucho ese período porque tres años después llegó la muerte de la anciana. Muertas la madre y la abuela, el destino la llevó a vivir con un vecino. Su abuela, previsora, tiempo atrás le había pedido a su vecino que, en caso de que ella muriera, él se hiciera cargo de Laurencia. Era un hombre solo que vivía con su hermana; un hombre de esos que están en el mundo para compartir lo poco que tienen. Y lo poco era su casa y una hermana que lo ayudaba con aquellas tareas que él consideraba que les correspondía a las mujeres. Esta hermana bañaba a Laurencia y dormía con ella en la misma habitación. Él, por su parte, era muy cuidadoso, y tenía por costumbre llevarla a pasear. Aún hoy, Laurencia recuerda a este hombre como un verdadero padre, un ser angelical a quien ella llamaba papá-paíno.

Los problemas de Laurencia llegaron cuando su padre se juntó con otra mujer que resultó ser mucho peor que la típica madrastra de los cuentos infantiles. Él la arrancó de la vida feliz con papá-paíno, y para la niña quizás fue la peor de todas las mudanzas. La libertad de la infancia acabó a los 8 años. Su padre trabajaba desde las cuatro de la mañana y regresaba cuando el sol se ponía. Para ese entonces, la niña había aprendido a hacer de mula: buscaba agua a dos kilómetros de la casa, arreaba a los animales, lavaba los cacharros, barría el piso y hasta fregaba su ropa. Su madrastra hizo de ella la sirvienta de la casa; y cuando se negaba a cumplir las tareas recibía el castigo de la cabeza dentro de la palangana hasta que los pulmones gritaran.

La niña le contaba todo a su padre pero de nada servía porque el padre no quería ver o no quería comprometer su situa-

ción de pareja. Así que a Laurencia no le quedaba otra opción que huir de la casa y pasar el día afuera hasta la llegada de su padre. Deambulaba sola por las afueras de la aldea, visitaba a papá-papaíno y terminaba el día en la casa de una tía. Cuando por fin regresaba a su casa, recibía todo tipo de reclamos y demandas de la mujer del padre quien no tenía ninguna simpatía por la pequeña.

Yo comencé la escuela tarde en Paraguay, a los ocho años, y tenía que hablar en castellano. Yo hablaba guaraní. Me negaba a aprender y eso ponía de mal humor a las maestras. En esa época el guaraní no estaba considerado un idioma. Y resultábamos castigados por hablar guaraní en la escuela. La maestra hizo todo para que odiara el español. Entonces me volví muda. En Paraguay recién ahora es idioma oficial.

El vecino papá-papaíno me había contado muchas historias de guerra porque él había estado en la guerra contra Bolivia y sabía muchísimas historias de la guerra del Chaco. Él se sentaba debajo de un mango durante esas tardes que el sol arrasaba y yo le preguntaba por qué había guerra. Él había ido a la guerra con 14 años y decía que era injusto que un chico tuviera que ir a una guerra. Era un gran contador de historias del Paraguay. De hecho él cobraba una pensión como veterano de guerra. Cuando llegaba el momento del cobro, me llevaba hasta Caacupú (significa yerba larga) a caballo y me compraba lo que le pedía: café y medias blancas.

Su padre la fue preparando para el próximo cambio que era viajar a Buenos Aires. Le había dicho que iba a viajar en tren. Laurencia no sabía lo que era un tren. Su padre le contó que eran carros unidos que iban rápido, volaban. Ella imaginó un tren volando por el cielo, un tren que atravesaba nubes, algo que volaba más alto que los pájaros. La explicación quedó flotando en el aire y gracias a que hablaba tan poco, su imaginación vislumbraba objetos que hacían proezas en el aire. A esa imagen ella la llamó tren, porque así se lo habían explicado.

Hasta que un día su media hermana vino a buscarla. Cuando llegaron a la estación ferroviaria, Laurencia miraba el cielo, pero del cielo no llegaba nada y una hora después vio arrastrarse sobre las vías varios coches encadenados. Recién entonces le preguntó a su hermana cómo era volar.

Antes que a Laurencia, su otra media hermana ya se había llevado a su hermanita menor, Fátima, a Buenos Aires. El próximo paso era la llegada de Laurencia y su partida definitiva de la aldea keikeojó. De esa forma los tres hermanos mayores cumplían la promesa que habían hecho a su madre.

Laurencia tenía diez años cuando emprendió su ansiado viaje. Ambas hermanas subieron al famoso tren que no solo no volaba sino que estaba colmado de gente. Los asientos eran de madera y abundaban cientos de bolsas y bolsitos amontonados en el piso porque el lugar escaseaba para tantas pertenencias humildes. No hubo otro remedio: Laurencia viajó parada y aun así lo recuerda como un viaje extraordinario, por la ventanilla del vagón pasaba todo lo que no había llegado a ver en el Paraguay. Comenzaba a descubrir un mundo distinto, a pesar del letargo del viaje, soportando tantas paradas y estaciones a lo largo del trayecto.

El viaje lo hicimos junto a una tía, hermana de mamá, porque mi hermana no podía ser mi tutora. Así llegamos a Asunción, y ese día conocí lo que era un departamento. Una caja de zapatos en donde me sentía asfixiada. Allí me quedé unos días porque tenía que hacer los documentos para poder viajar a la Argentina. Una vez que tuve el documento, el viaje continuó hacia Buenos Aires.

Un micro las llevó hasta la frontera y desde allí cruzaron en balsa. Después otro micro y después un colectivo. Finalmente arribaron a Constitución, donde tenían que esperar el

tren que las llevaría hasta Lomas. En el tren, Laurencia soñaba que volaba, que los trenes eran aviones. Pero sólo ella entendía ese juego. Nada podía decir porque los adultos reían. Entonces prefirió no poner palabras guaraníes a sus fantasías, eligió el silencio y mirar de vez en cuando por la ventanilla de un tren que no ascendía.

Así empecé a ver otro mundo. Tengo sangre guaraní, el guaraní es retobado. Todos vivíamos en la misma casa. Me llevaron a un médico. Estaba muy delgada y el médico aconsejó que no me separen de mi hermana. Nos inscribieron en la misma escuela y allí comenzó mi segundo fracaso escolar.

A los diez años asistió a la escuela en Buenos Aires. Era la más grande del grado, y continuaba obstinada en no hablar ni en escribir en castellano. La observaron en el gabinete psicopedagógico, la maestra se desesperaba, pensaron que era muda o que tenía problemas de audición, pero los médicos opinaron lo contrario. Su hermana mayor le explicaba en guaraní que debía adaptarse a la nueva realidad, pero Laurencia no estaba dispuesta a disolver su lengua a cambio de otra lengua que las maestras paraguayas le habían enseñado a odiar. No fue una tarea sencilla conseguir que Laurencia saliera de su mutismo y se integrara a una nueva realidad llamada Argentina.

El marido de una de sus hermanas solía trabajar durante las temporadas de verano en la costa atlántica, y así fue que un día Laurencia conoció el mar. Atrás iban quedando los años vividos durante la infancia en un pueblo que había sido nombrado, o más bien que llevaba el nombre de Keikeojó, a causa de un cacique que partió de la aldea por cobardía, y en algún lugar, no por temor, más bien por la fuerza, ella también pasó a ser una Keikeojó rebelde. Aceptó la lengua pero jamás olvidó sus orígenes y “quien sabe de dónde viene también sabe hacia

dónde va". Ella sintió en el guaraní su idioma, no de resignación sino de combate. Sus pies, que hasta entonces habían sido una lámina dura e impenetrable, se fueron ablandando con el uso de los zapatos, y es sabido que los zapatos son la patria de los humildes. A la geografía de vida de una persona también se la conoce por la cantidad de mudanzas. Y aunque fueron varias, cada una de ellas ofrecía mayor comodidad.

Al año siguiente de llegar a Buenos Aires me cambiaron de escuela. Me inscribieron en una que era para chicos con dificultades de adaptación. La escuela se llamaba, y todavía se llama, "República del Brasil".

Así Laurencia comenzó el aprendizaje del castellano. Finalmente cambió la mudez por palabras escritas sobre un papel blanco, y poco a poco sociabilizó.

A la mañana antes de comenzar la clase, nos formaban en el patio y cantábamos el himno brasilero. Hasta el día de hoy lo recuerdo. Así comenzó mi adaptación a la Argentina. Yo era grande, tenía once años y estaba con chicos de seis en el primer grado.

Un día, cuando nos aproximábamos a las pascuas, la maestra nos pidió que hiciéramos un huevo de pascuas. Yo no sabía lo que eran las pascuas. Entonces dibujé una sartén, una cocina y un hermoso huevo de dos colores: blanco y amarillo. La maestra lo llevó a la dirección. En ese momento me puse contenta. Pensé que mi dibujo la había impresionado. Los otros chicos habían dibujado una cosa redonda de color marrón. Yo me dije: 'Eso es una porquería'. También me apiadaba porque la diferencia de edad era muy grande. Cuando la maestra regresó con la directora me explicaron lo que era la pascua. Nunca nadie me había explicado eso. Me sentí una tarada. No pude decir nada, ni decir que el pesebre para nosotros era un espacio lleno de frutas. Hasta el día de hoy festejo la navidad con frutas de estación.

Para María, mi hermana menor, todo fue más sencillo. Ella se adaptó rápido y hasta le gustaba hablar en castellano. Se nacionalizó Argentina cuando se hizo mayor. Nunca me lo había contado. En realidad lo descubrí un día que necesitaba su documento y me fijé el número.

Me enojé. Le dije que estaba negando su raíz. Pavadas mías, no es una ideología. Uno descende de algo y las raíces no tienen que borrarse. Yo lo pongo así y eso no se puede olvidar. Ella negó lo que era. Ella es distinta. Yo tengo en mi casa una bandera paraguaya bien puesta.

Laurencia terminó la escuela primaria con quince años. La adelantaron dos grados debido a que para ella no eran un problema las matemáticas, como sí le habían resultado difíciles el habla y la escritura. Cuando venció ese problema, se hizo adicta a la lectura y las maestras le solían regalar libros que ella devoraba por las noches. Mientras tanto, su hermana mayor y su marido trabajaban en la fábrica de zapatos *Miguel Palmer*, una casa famosa de esa época, y Laurencia los ayudaba y al mismo tiempo aprendía un oficio. La familia se mudó a Capi-lla del Señor cuando se trasladó la fábrica.

Ese lugar lo disfruté. Era puro campo y yo venía de un espacio abierto, selvático, odio las lugares de concentración de personas, por esa razón vivo en la actualidad en Brandsen.

Cuando regresaron a Lomas, a Laurencia se le había puesto en la cabeza que quería ser periodista. Era algo que la rondaba por dentro desde hacía mucho tiempo pero nunca, tal vez por vergüenza, se había animado a comentar. Un día reveló su deseo y su hermana se quedó helada al notar con qué seguridad Laurencia decía “quiero ser periodista”. Su hermana le dijo que ella no podía pagarle una carrera, que tuviera paciencia. En ese momento la realidad con que miraba su deseo se hizo utopía, un sueño de esos que se desvanecen por el camino de la vida. La vida sigue curso y en el trayecto todos arrojamos por la ventanilla de ese tren aquello que jamás seremos. No lo arrojamos desde la altura de un tren que vuela, sino desde el banco de segunda de un tren a Constitución.

Laurencia pensó en buscar trabajo y lo consiguió en la pri-

mera puerta que golpeó, en Pompeya. Trabajaba y estudiaba el secundario en un colegio nocturno de Banfield. Cuando se presentó en ese primer trabajo le advirtieron que la tomaban de manera provisoria. Era una fábrica de camperas de exportación. Al segundo o tercer día la mandaron llamar. Los obreros tenían un número. *El mío era el 2023. Era el número con el que fichábamos. Y fue el número que escuché en el parlante: "Sívase presentarse ante el jefe". En ese momento me dije: soné, seguro que me echan. Junté todas mis cosas como para irme. El jefe era un tipo barbudo, detrás de un escritorio, sentado en una silla giratoria. Me miró y me dijo:*

-¿Usted es nueva acá, no?

-Sí, señor.

-¿Hace cuánto que está aquí?

-Tres días.

-¿Usted es aprendiz?

-Sí- dije y me quedé temblando.

-Ahora va a pasar a trabajar a destajo. Doble de sueldo si anda bien.

Había aprendido mucho al lado de mi cuñado, el que trabajaba para la zapatería. Yo ya tenía casi 18 años y continuaba estudiando. En el tercer año éramos 13 y teníamos que ser 15 para que la escuela no cerrara. No me desanimé. Al otro día busqué una escuela nocturna en Banfield y me inscribí.

Aquí comienza la segunda parte de la vida Laurencia. Empezaba a alejarse de la niñez, esa etapa de dependencia y necesidad de protección. Llegaba la época que tiraba hacia el lado contrario: las ganas de salir, de no rendir cuentas, de empezar a ser ella misma. Pero su media hermana, como era lógico, controlaba, estaba cerca de todos sus movimientos. Naturalmente, tenía pánico de lo que pudiera ocurrirle a Laurencia. Del colegio salía a las once de la noche, pero había un compañero que se ofrecía a acompañarla durante un trayecto. Hasta

ese momento ella no sabía nada de bailes ni de vida social con amigos. Aún no salía sola. Tampoco sabía nada acerca del amor ni de armar una pareja. Terrenos más propensos a la imaginación que a la realidad. Lo cierto es que este muchacho, que era muy elemental, y seguramente criado a la manera de los golpes y bajo el mandato familiar más básico de lo que debía ser una mujer para un hombre, tuvo paciencia y la esperó. Lo cierto es que Laurencia lo único que deseaba ya en esa etapa era independencia, irse de la casa donde la habían criado en aquellos últimos años y empezar a construir una vida en la que tomara sus propias decisiones. Pero en aquellos tiempos, partir era sinónimo de casarse. Tanto el muchacho como Laurencia trabajaban. El resto, ella lo sabía, vendría solo.

Él se presentó en mi casa y a mí no me quedó otra que blanquear mi noviazgo. Fue el primer novio y el primer marido. Al tiempo me pidió que dejara la escuela, después el trabajo y por último fue apartándome de mi familia. Lloré un año.

Las rebeldes tienen dignidad. Están imposibilitadas de regresar y decir: hermana, me equivoqué. Nada de eso, a la dignidad se le sumaban sólidos principios. Cada tanto recordaba las palabras de su hermana: "Te vas a arrepentir. Nunca vas a vivir como en esta casa junto a tu familia."

Me la aguanté. Tuve a mi hijo a los 19 años, después llegó una hija y un tercera. Viví 28 años de torturas. A mí me habían enseñado que la mujer debía estar con el marido pase lo que pase, y respetarlo. Pero él era absorbente. Yo era muy sociable y cuando él se iba aprovechaba para juntarme con amigas. Trabajaba como empapelador y era terriblemente celoso. Cuando veía una camisa a la que le faltaba un botón se la ponía, se abrochaba los botones y delante de mí, con ambas manos, tiraba hacia ambos extremos hasta romper todos los botones. Y me decía: tenés trabajo para hacer.

Llegué a la FOC, o la FOC llegó a mí, a través de algunas mujeres. En realidad fue mi vecina quien me contó sobre un lugar en el que entregaban leche. A mí me hacía falta, así que no lo dudé. Era la época de Alfonsín, año '86. "Te paso a buscar y vamos juntas", me dijo mi vecina. Yo tenía vergüenza. No me gusta ni me gustó nunca pedir, además soy desconfiada. Todavía en esa época tenía la esperanza de ser periodista. Mi pareja me decía que yo no iba a ser nada porque era una paraguaya sin madre y puta. El insulto de él me daba fuerzas para conducir a los chicos de mi mano. Ellos llegaron porque me rompí. No llegué a ser periodista, pero mis hijos llegaron y llegarán lejos, más lejos que su madre.

Cuando llegué hace unos treinta años a la FOC, me pedían que fuera a las charlas. Ahí conocí a Elisa. Ella era quien conseguía la leche. Una mujer flaca de pelo lacio. Nos reuníamos en la casa de María Rosa, una de las fundadoras de la FOC junto con Elisa. Yo llegaba allí por la tarde, a escondidas de mi marido. Me aguantaba toda la reunión para que me dieran dos leches por mes. A las cinco tenía que estar en mi casa porque venía él. Si cuando él llegaba a la casa yo no estaba, hacía un escándalo.

Por ese entonces él había cambiado del oficio de empapelador al de carpintero. Me prohibía hablar y juntarme con gente. No podía verme con nadie. En esa época, en la FOC se hablaba de aprovechar terrenos baldíos y hacer huertas, como un primer paso para formar una ONG. Yo me decía: "Qué cosa es esta; qué quieren inventar estas mujeres; están relocas". No les creía mucho. Pero me quedaba y trabajaba en la huerta. En una oportunidad apareció una Fundación holandesa que tenía proyectado comprar una propiedad para la FOC.

Los padres del marido de Laurencia le habían regalado un terrenito en Lomas y con esfuerzo construyeron una casa pequeña. La situación con el marido no solo no cambiaba sino que empeoraba a pasos agigantados. Él buscaba pretextos para quemarle la ropa. Le prohibía viajar al Paraguay para que los hijos conocieran a su abuelo. La situación era crítica. Y aunque ya había hecho varias denuncias por maltrato, Laurencia estaba

decidida a soportar todo. No se le ocurría llevarse a los hijos y mudarse a donde sea. Lo soportó todo, incluso en una oportunidad el marido le gatilló en la cabeza. Y ella, enfrentándolo, le decía: “¡Dispará, no tengo miedo!” La bala jamás salió.

¿Por qué no me mataste?, le dije un día. Ya en ese entonces dormía en otra habitación y con un cuchillo grande de cocina a mi lado. Cualquier ruido que escuchaba me despertaba. Reconozco que la culpa también fue mía, me tendría que haber ido muchos años antes. Esperé que mis hijos estudiaran, no dependieran más de mí, y recién entonces pude tomar la decisión. Él había perdido el trabajo y ya no tenía ganas de salir a buscar un nuevo trabajo. Yo no me quedé sentada y me puse a hacer pan casero en horno de barro. Más de una vez me quemé porque había que meter las manos en el horno caliente. Hacía eso y muchas cosas más, y con lo que ganaba nos arreglábamos. Él continuaba en la misma postura de romperme los vestidos, de quemar mi ropa, tenía como una obsesión por el fuego. Cuando le conté lo de la FOC, juntó toda mi ropa, la llevo al fondo, la roció con alcohol y me dijo: ‘Ahora no vas a tener ropa para salir a perder tiempo con esas putas.’

En una oportunidad, Laurencia había comprado un lavarropas y secador. Estaba orgullosa con la compra. Un día llegó de trabajar, dejó la cartera y el abrigo. Le llamó la atención el silencio que imperaba en la casa. Los chicos estaban callados y su marido fumando sentado en un banco de la cocina. Los chicos saludaron con la cabeza gacha, como con miedo. Preguntó si pasaba algo. Nadie dijo nada. Era de noche. Había llegado a la hora pautada con el marido. Sin embargo, algo malo sospechó. Tomó un mate cocido con un pedazo con galletas que había comprado en la panadería, camino a su casa. Sacó la ropa sucia del canasto y se dirigió despacio hacia el fondo de la casa. ¿Pasa algo?, preguntó. No hubo respuesta. En ese momento pensó en un accidente familiar. Pero no. Esa noche

no pudo lavar. Sencillamente asistió a una imagen fatal: los electrodomésticos habían sido quemados. Laurencia miró al marido y él solo dijo: “La mujer tiene que lavar a mano.”

En medio de ese clima de violencia me acerqué a trabajar en la FOC porque encontré en la organización un lugar en donde mis hijos iban a estar contenidos y alimentados. Hacían apoyo escolar y había diferentes proyectos. Los mandaba ahí y le decía a mi marido que era un centro cultural. Fue una lucha. Para él eran todos zurdos, no sabía ni entendía nada. Solo sabía de intimidación. Hasta que un día me planteó o la FOC o yo, y yo no lo dudé y le dije: la FOC. Pero esa no iba a ser la partida final. Volví y seguí pensando una relación que era un infierno.

Yo trabajaba como doméstica en cuatro casas. Él me exigía mostrarle los boletos para controlar la hora que entraba y salía de los trabajos. Soñaba con matarlo. Una vez en el medio de una pelea tomé un adorno con punta filosa y lo salvó mi hija. Tenía miedo de ir presa. Pero lo que más miedo me daba era que le hiciera algo a mis hijos. Lo desafiaba en todo. En una oportunidad me quiso pegar con una máquina de tejer y le pegó a mi hija que, en el intento por defenderme, se metió en el medio. Tomé la decisión de irme de mi casa, del lado de ese hombre, ese día que entre tantos golpes y gritos lastimó a mi hija. Fue la gota que rebalsó. Mis tres hijos se fueron y yo detrás de ellos. Ese día fue la despedida. Nada fue sencillo. No me desesperé. El primer día me quedé en el jardín de infantes. Allí me cuidaron a mí y a mi hija.

Ya hace treinta años que estoy en la FOC. En este lugar encontré un espacio en donde no te discriminan y te ayudan y te hacen pensar. Me sumé al proyecto de lleno. Mis hijos estudiaron y se recibieron. Un día el mayor me dijo: ‘Mamá, me voy a ir’. Y se fue, pero casi al mismo tiempo se terminaron yendo las otras dos. Cada quien con su respectiva pareja, con trabajos y los estudios terminados. No podía pedir otra cosa. Era lo que me había planteado en la vida, que ellos tuvieran la posibilidad de estudiar y de trabajar. La FOC los ayudó y me ayudó.

Laurencia se queda con la mirada perdida, cavilando los hechos de ese día, ese día que se prorrogó tanto. Veintiocho años

soportando. Demasiado tiempo. Pero el día que tomó esa decisión sintió que no estaba sola, que había una organización llamada FOC que la protegía. Suplía la ausencia del Estado dentro de un barrio. Y la llevaba adelante un grupo de mujeres que no sólo entregaban leche sino que paulatinamente conducían a mujeres humildes a tomar y construir una consciencia que les permitiera dilucidar el mundo en el que estaban y así modificar no sólo su propia realidad, sino la de otros. Muchas de estas mujeres venían desde Paraguay, desde Bolivia y tantas otras eran argentinas. Pero la nacionalidad no era lo importante, sino la humanidad para una lucha común y conjunta. Los años de esclavitud no se olvidan, permanecen dentro, y cada tanto afloran en la forma de un grito o de un lamento.

Me fui con mi hija. Alquilamos algo. Yo trabajaba a full con la FOC y con el trabajo comenzaron los viajes. La FOC me enviaba a distintos sitios. En esos congresos aprendí muchas cosas y me relacioné con gente. Una nueva realidad que para mí era remota se hizo visible y de pronto, casi sin darme cuenta llegó un día en el que me vi hablando ante mil personas, en un congreso en el auditorio de un hotel, y pude ver que varias filas se levantaron y me aplaudieron.

Por ese entonces mi hija ya había conseguido trabajo y después de muchos años llegó al jardín comunitario, lugar en el que continúa trabajando. Puedo decir que cuando todas las fichas estuvieron más o menos ordenadas, recién entonces volví a formar pareja. Una persona maravillosa con la que vivo en la actualidad.

Por fortuna o por lucidez y consciencia, Laurencia no mató a su marido, no lo hizo como la verdadera Laurencia en Fuenteovejuna, la comedia de Lope de Vega. Tampoco hubo un pueblo detrás que sostenga y grite “Fuenteovejuna lo hizo”. Pero sí tuvo la posibilidad de entrar a una organización comunitaria. Pero cuántas Laurencia hay en Lomas de Zamora y en tantos otros sitios de este país. Cuántas que terminan sometidas, da-

ñadas, apuñaladas o incendiadas. Los 28 años vividos no fueron inocuos, dejaron sus secuelas. Y una de ellas es el miedo.

Yo les digo a las madres que ellas tienen que hablar con sus hijos. Tienen que leerles cuentos por las noches. Tienen que estar cerca de sus miedos.

-¿A qué le tenés miedo?

-Tengo miedo de las mentiras, de las frustraciones, pero no de la soledad. Que alguien me mienta y no cumpla con las cosas prometidas, eso me da miedo. Siempre estoy prevenida y no me gusta vivir así, pero por ahora lo acepto y a veces pido disculpas. Hay quienes tienen miedo a la muerte, a la enfermedad, en cambio para mí la mentira ocupa un papel central. La música me hace bien. Soy, aunque parezca mentira, romántica. No tiene nada de malo, soy así, me gustan Ana Gabriel, Joaquín Sabina, José Luis Perales, La Renga y Las Pelotas, también la música que marcó mi infancia: Palito Ortega y Sandro.

-¿Hay alguien a quien admires en el ámbito de la política?

- A Eva Perón por lo que ella llegó a ser, su personalidad y su amor por los pobres. La admiro a Cristina por cómo se acerca a la gente y cómo inserta a la gente de baja extracción. A mí no me interesa que ella se ponga joyas ni tampoco que se las haya puesto Evita. Si yo tuviese esa plata también me pondría joyas. Es más, te digo que me encantaría ponerme joyas como ella las lucía. La admiro. Esas dos mujeres me representan.

-¿Qué te sugiere la palabra patria?

-La palabra Patria me dispara el trabajo social. Lo que hice aquí en la FOC lo hubiese hecho en Paraguay. Paraguay fue educado por los jesuitas. Y en este momento necesita más que nunca el aporte educativo. La palabra Patria me dispara hacer cosas en otros lados. A uno le quedan marcas. No olvido el pasado, tampoco siento rencor. Es lo que me tocó vivir y lo asumo así.

-¿Tenés algún recuerdo de tu mamá?

-Mamá era muy católica, devota de la virgen de Fátima. Mamá murió el 13 de mayo, el día de la muerte de su virgen y el día del nacimiento de mi hermana. La casualidad sembró una situación idéntica porque la Virgen tuvo tres hijos, dos hermanas y un varón. Una situación similar a la mía. Yo me decía: ¿Cómo voy a creer en la religión cuando mi madre murió en el día de la santa que tanto veneraba? Me gustaba ir a misa. Me llevaba una amiga con un primo mío. Después ellos se casaron. Yo iba a misa para salir del encierro. Pero después empecé a entender algunas cosas y me fui alejando. Renegué de la religión. A mi última hija no la bauticé. Lo hizo el padre a escondidas y completamente enojado. Ella ya tenía cinco años. Cuando tuve a mi hijo mayor estuve a punto de morir como mi mamá. Los médicos decían 'se nos va'. Cuando vi la cruz que estaba en el respaldar de la cama, el chico se dio vuelta y nació. Ninguna de los dos morimos. Y aquí me tiene, las cosas peores ya pasaron. No le tengo miedo a la muerte.

-Solés decir que lo principal, en este trabajo, es no perder la raíces comunitarias.

-Así es. Antes yo trabajaba como madre educadora en la FOC con el compromiso de contener a los chicos y educarlos. Hoy hay docentes que educan, que han estudiado pedagogía y que lo hacen muy bien. Nosotras antes sabíamos a qué hora entrábamos pero no a qué hora salíamos. Hoy los docentes cumplen un horario. Naturalmente que todo fue cambiando, pero también cambió la sociedad y nosotras somos las que nos tenemos que adaptar. Pasaron los años pero yo no me olvidé de quién me dio una mano en los peores momentos. La FOC es una familia y como toda familia tiene problemas. Qué familia no los tiene. Pero salimos adelante. Discutimos lo que tenemos que discutir y ejecutamos, no nos quedamos ni en el lamento ni en el "qué le vamos a hacer". Lo hacemos y punto. La FOC no sólo puede resultar un espacio familiar sino que es una solución para que los chicos se inserten en la sociedad. Suelo encontrarme con muchas mujeres que pasaron con sus hijos por allí y que me recuerdan. Hace poco me en-

contré con una madre que tenía un hijo llamado Cristian. Nosotras la ayudamos a ella y a sus hijos y ella no lo olvida. Y lo más emocionante es que ese pibe llamado Cristian se está por recibir en la carrera de Filosofía. Eso deja uno en la vida y eso la vida te lo devuelve.

-Y ahora se viene un acuerdo con el Estado que es fundamental para la FOC y los jardines.

-Exacto. La FOC y los jardines estamos por firmar un acuerdo con el Estado, pero eso no significa ir a actos públicos y caretear política. Las mujeres a las que nos llamaban patas sucias, las mismas que éramos catalogadas como “lo groncho”, somos las que vamos a firmar ese acuerdo con la provincia. Es un logro único después de tantos años. Cuando se firme ese convenio, la FOC continuará siendo el motor de los jardines, pero ahora será el Estado el que dará el cargo al docente. De esa manera no perderemos identidad y al mismo tiempo podremos ayudar no solo a nuestros jardines sino a muchas otras organizaciones del país que luchan por los derechos de los niños.

-También hoy está el tema de la droga. ¿Cómo enfrentan este problema social de alta gravedad y que, lamentablemente, va en aumento?

-En la zona donde está Arrorró (jardín de infantes) no hay tanta droga. Lamentablemente hay que aprender a convivir con la droga. La discriminación se produce en los lugares de mayor nivel económico. Yo luché porque mis hijos no cayeran en la droga. Muchos amigos de mis hijos ya no existen, están presos o muertos. A mis hijos los eduqué un poco a la antigua. Ellos querían ir a bailar y yo les decía “todo a su tiempo, ni antes ni después”. Muchas madres me criticaban pero desgraciadamente después ellas tuvieron que visitar a sus hijos en la cárcel. La droga está pero depende de nosotras. Yo lo manejé así.

-¿Y la ineludible presencia de la tecnología?

-Renegué mucho de la tecnología. Nos alejó. Hoy en vez de encontrarnos nos manejamos con mensajes de texto. Nos falta mirarnos y enojarnos. Es otra generación. Bien o mal es la era de la tecnología. Yo

prefiero a la india guaraní, palpando lo natural. Sin embargo no podemos renegar de aquello que está porque iríamos contra la corriente.

-Otro tema de agenda y actualidad es la revolución feminista, las tan fundamentales discusiones alrededor del género y la diversidad sexual. ¿Cómo encaran estas cuestiones?

-Participamos de la problemática de violencia de género. Es complejo, hay distintas hipótesis. Yo vengo de una cultura y respeto todo pero no todo acompaño. No sirvo para ver o tratar el lesbianismo. Miro a dos mujeres besándose y yo me tengo que ir. Y pienso a veces cómo habría hecho si me hubiera tocado una hija lesbiana o un hijo homosexual. No sé. Seguro hubiese aprendido. Yo no soporto ver dos chicas besándose. No lo puedo aceptar, lo respeto pero no quiero verlo. Me molesta. Lo mismo que el varón. Estuve en la facultad de Lomas haciendo el primer año de la carrera de Educación, no continué, puede ser que este año me anote. Tuve compañeros travestis pero no puedo tener una afinidad. Nunca me topé en los jardines con esos casos. Estuve en un grupo que militaba. Muchas veces llegué a preguntarle qué es varón o mujer y eso me inhibía en el trato. En realidad no sabía cómo llamar a alguien que tuviera otra identidad sexual. La verdad es que prefiero no verlo. Sólo sé que ellos están y que no hay que ignorarlos. La gente lucra con las necesidades, no me gusta que lucre sino que busque herramientas. Por eso aprendí de todo: gastronomía, tejer artesanías, pintar... De hambre no me voy a morir.

-También te costó el período en el Elisa se apartó un tiempo porque estaba con otras obligaciones.

-Sí. Durante un tiempo Elisa no estuvo con nosotros, Estaba con un puesto de subsecretaria. Ella regresó y yo la perdoné. Sentí su falta y me dio bronca. Entendí y decidí quedarme con Elisa. La verdad es que nos acompañó siempre. Elisa es la FOC.

-¿Cómo es tu vida actual?

-Walter es mi actual pareja. Con él nos dedicamos durante mucho tiempo a hacer catering. Es un excelente cocinero. Nos compramos el terreno y criamos sus dos hijos. Él tiene 18 años menos que yo. Con

el Falcon y la carpa conocimos el país. Ahora tenemos moto. Turismo aventura. Él es demasiado servicial, demasiado atento. A veces no soporto tanta atención. Él habla de la mujer como algo grandioso.

-¿Y en esta etapa pudiste regresar a tu tierra?

-Sí. Cuando regresé a visitar mi pueblo, en el Paraguay, me encontré con un lugar más grande pero esencialmente era el mismo que había dejado. Caminé las plantaciones de algodón y en ese momento descubrí que sus flores me recuerdan a mamá. Ella hilaba el algodón. Algo recuerdo como entre nieblas, sin embargo pude imaginarla en el momento de morir. También volví a reencontrarme con mi árbol de guayaba. Yo lo veía como un árbol enorme. Tenía como un asiento. Yo me sentaba allí y desde allí imaginaba un montón de cosas. Yo no tenía juguetes, tenía el árbol, los animales y piedritas y maderitas con las que jugaba e inventaba cosas. Por eso, cuando me mudé a Brandsen, lo primero que quise tener fue un árbol parecido a la guayaba que pudiese crecer en esta tierra, y así fue como encontramos el sauce. Tengo en mi casa ese árbol y a su sombra tejo atrapa sueños. Tengo gallinas, patos. A las gallinas les limpio las plumas y con el telar hago cosas que disfruto. Todo lo hago debajo del sauce y es como si fuese niña, y una vez más estuviese en mi pueblo del Paraguay sentada debajo de mi árbol de guayaba.

Nora

Su nombre es Nora, el personaje central de *Casa de Muñecas* de Henrick Ibsen. Una mujer que, en la obra teatral, que abandona a su marido, incluso a sus hijos, cuando descubre que ella siempre vivió en una casa de muñecas, en una irrealidad flagrante y que la realidad es más brutal de lo que parece. La primera mujer del teatro moderno que le dice adiós a la familia y se va de la casa en busca de la verdad. Para llegar a Dios es imprescindible abandonar todo, para llegar a la verdad también. Jamás se llegará a ella pero toda la vida será un acercamiento cotidiano, y si alguna vez se llega a volar tan alto, hay que saber que acercarse demasiado al sol es peligroso y puede quemarnos las alas.

La FOC funciona en una vieja escuela. En realidad cuando fue cedido el espacio, sólo eran escombros de una escuela. Con audacia y trabajo lograron rehabilitar la mitad del edificio. Pasaron muchos gobiernos y la tarea jamás se detuvo. Las auditorías resultaron ser impecables y lo que hallaron fue siempre justeza y racionalidad en los gastos. Todos los que allí trabajan pertenecen a la Argentina invisible, aquellos que entregan lo mejor de sí para beneficio del otro.

Una escalera conduce a una especie de hall grande. A metros una puerta. Basta abrirla para encontrar a la nueva entrevista-

da sentada detrás de un escritorio. Ella es la coordinadora de uno de los siete jardines infantiles.

Se llama Nora y bordea los cuarenta años. Le cuesta hablar. Le resulta difícil abrirse y contar su historia. Acaso es entendible. Un cronista siempre es un extraño hasta que logra demostrar su genuino interés en el otro y el deseo de difundir semejante accionar social. Finalmente, poco a poco, Nora va quebrando su timidez y se abre.

Vivo desde siempre en Lomas, más específicamente en Villa Albertina. Mi madre me tuvo en Capital, era una costumbre que las mujeres fueran a parir allí, quizás había más seguridad. Antes de que yo naciera, mis padres vivían en Burzaco. Me tuvieron a mí, la cuarta hija, y nos mudamos a Lomas. Fue siempre un barrio muy humilde. Mi casa está cerca de "Capullito de algodón", el jardín de la FOC. La primaria la hice en la Escuela de Paraguay, como mis padres eran paraguayos, quizás me enviaron allí pensando que de esa manera estarían más cerca de sus paisanos.

Hay personas que piensan que los sucesos de su vida carecen de importancia. Sin embargo, un cronista que indaga en las historias de vida de cualquier persona, se da cuenta de que cada vida abre un universo, sus constelaciones y códigos propios. No hay más que atravesar esas primeras vallas para descubrir la riqueza de las diferencias, la maravilla de otra vida, de otra historia.

Me cuesta relacionarme con la gente. No soy asocial, solo que me gusta estar con una sola persona y profundizar esa relación. Soy o era estructurada y por sobre todo muy desconfiada. Mi grupo de amigos siempre fue pequeño, no me gustan los grupos grandes, la vereda es un buen lugar para confiar secretos nocturnos. Allí nos reuníamos y siempre había alguien que contaba historias extrañas con la que todos alucinábamos. El barrio era distinto en esa época. Éramos muchos vecinos con hijos de mi edad y hermanos jugando en la calle. La calle nos divertía con los juegos más simples. Hoy en día la gente se recluye más en las casas.

-Sos la cuarta de cinco hermanos. ¿Cómo se constituía la familia?

Mi papá era albañil y mi mamá ama de casa. Mi papá trabajaba mucho y mi mamá era muy presente. Ella fue siempre muy religiosa. Mi padre no se opuso al trabajo de mi madre en la FOC, pero lo único que le pedía era que cuando él llegara ella estuviese para atenderlo. Mi madre era una mujer muy tradicional.

-Sin embargo ella hacía trabajo comunitario y llegaste a la FOC a través de ella.

-Sí. Llegué a la FOC a través de mi mamá. Ella era “madre cuidadora” hace treinta años atrás. Una mujer incansable. Iba casa por casa para garantizar la salud y hacer tareas de prevención. Ella aprendió mucho trabajando en la FOC, le encantaba el trabajo comunitario. Caminaba el barrio revisando las cabezas de los chicos, sacándoles los piojos, observando y atendiendo las necesidades y procurando, a través de la FOC, que le llegara a la gente la ayuda que necesitaba. Me llevó a mí cuando me quedé sin trabajo. Se sentó en frente de Elisa y le dijo: mi hija se quedó sin trabajo. Elisa la miró, me observó y conversó un rato conmigo. Justo en ese momento había una vacante en un jardín de infantes. Elisa no lo dudó. Pasaron muchos años y muchos chicos por los jardines de la FOC, todos nos hicimos más grandes, y aquí estamos, en la continuidad de la lucha.

-En algunas cuestiones te diferenciaste de tu mamá.

-Yo no pienso igual, creo un poco más en la independencia de la mujer. No es que juzgue el modo de mis padres. Soy de otra generación. Mi pensamiento es que cada una de nosotras debe hacer y estudiar aquello que realmente desea. Hay que evitar echar la semilla del fracaso, más bien hay que hacer fertilizar la semilla de la libertad. Estamos muy acostumbradas a que la mujer trabaje en la casa. Pero yo soy distinta, quizá por eso no encuentro pareja.

-Tenés una posición diferente como mujer. Trabajás y estudiás.

-Sí. Mi trabajo es el jardín. Pero no termina allí. Porque con las demás mujeres de la FOC discutimos mucho. Además de trabajar todas

tenemos las responsabilidades que atañen a nuestras casas. Muchas cosas no cambiaron, o cambiaron de manera aparente porque la mayoría de las mujeres siguen pensando que en ellas recae la responsabilidad de los hijos y de la casa. Yo estoy terminando la carrera de psicopedagogía. La empecé de grande porque tuve que trabajar desde siempre.

-Está claro que tu caso refuta de manera terminante esa expresión de la política liberal que dice: “Nadie que viene de la pobreza llega a la Universidad”.

-Tengo amigos que estudiaron en la Universidad de Lomas, pero tanto para mí como para cualquiera hubiese sido imposible viajar hasta la Capital para estudiar. Se pierde mucho tiempo y se necesita dinero.

La periodista Sibila Gálvez Sánchez publicó un informe acerca del tema de la pobreza y la Universidad. Ella toma varios casos de jóvenes humildes, entre ellos el de un muchacho llamado Cristian Godoy García, cuyos abuelos llegaron a Villa La Rana -en el partido de General San Martín- desde Chaco, Santa Fe, Corrientes y Santiago del Estero. Dos de ellos analfabetos y los otros dos apenas alcanzaron los estudios primarios. “De todos los hermanos, la única que terminó el secundario fue mi mamá, que me tuvo a los 16 años. Ella tenía dos trabajos y, en paralelo, terminaba el secundario en una nocturna. Yo le entregué el diploma. Me di cuenta y tomé conciencia de que los espacios que nos dejan a nosotros como villeros son únicamente la cárcel o una jornada laboral de 12 horas en una fábrica. Viendo que ninguna de las dos propuestas me cerraba, elegí estudiar”. Cristian, según cuenta la periodista, fue el primero en obtener el título secundario y el primero de la familia en llegar a la universidad. Está cursando Comunicación Audiovisual en la Universidad Nacional de San Martín -creada a principio de los ‘90- y ya tiene el título intermedio de periodista. “Estudiar es empoderarse. Lo que yo aprendo y a lo que yo accedo no me lo quedo y lo comparto. Vuelvo a la barriada y lo pongo arriba de la mesa para que los pibes y las pibas vean que es posible”.

El relato de Cristian, ni más ni menos, es el de las siete mujeres entrevistadas de este libro que comenzó a escribirse tiempo antes de que se suscitara esta discusión acerca de quienes es-

peculan con cerrar universidades del suburbano bonaerense.

Hay un periodo, entre los 18 y 22 años, en el que los jóvenes que no tienen trabajo y aquellos que todavía desconocen lo que harán de sus vidas, encuentran en la universidad un espacio de contención. Alcanzen o no a tener un título, la vida universitaria, el contacto y las relaciones que provee el claustro les permitirán a esos jóvenes estar menos expuestos a los perjuicios de la época como las drogas, el alcohol, la violencia.

Hace 15 años que estoy en la FOC y el trabajo aquí te absorbe. Soy de la clase de personas a la que le gusta hacer las cosas bien. Mi vida cambió bastante cuando comencé a estudiar. No fue sencillo tratar de nivelar las dos tareas: la FOC y el estudio. Mis compañeras, las otras coordinadoras de los otros jardines, me cargan todo el tiempo. En el barrio y en la FOC tomaron muy bien la decisión de que me formara profesionalmente. La gente no es tan distinta en la facultad que en el barrio. Muchos chicos de aquí de Lomas van a la universidad. De hecho, conmigo comenzó a estudiar otra compañera, pero tuvo que dejar, aunque es provisorio.

-También vos en algún momento tuviste que dejar.

Sí. Cuando mi mamá enfermó abandoné el estudio y también un poco la FOC. Falleció hace muy poco. Yo ahora vivo sola en la casa que era de mis padres. Y estoy bien donde estoy. Me gusta el trabajo. No ambiciono salir de la FOC. Me gustaría terminar la carrera y aportar lo aprendido en el ámbito universitario en mi trabajo.

-Y cómo te relacionás con la religión, teniendo en cuenta que en los ámbitos más humildes ha cooptado muy fuertemente la iglesia evangelista.

Hice la escuela secundaria en la "Inmaculada Corazón de María". Creo en Dios pero no soy practicante, ni soy de ir a misa. Tampoco soy lo que se suele decir devota. No me gusta entrar en debates religiosos. Todas las chicas del jardín son evangelistas. Que es algo así como la religión de moda. No me interesa ni convencer

ni ser convencida, me alcanza con la fe y con creer en la virgen y en Dios. Resulta bastante frecuente que las chicas te hablen de la pedofilia de algunos curas. Una cosa es la fe y otra la institución. No sé si es posible cambiar el mundo. Hay que empezar determinando qué es el bien y qué es hacer el mal.

Etty Hillesum, gaseada en el campo de de concentración de Auschwitz, escribe en *Una vida conmocionada*, su diario con respecto a esta dualidad (el bien y el mal) y lo hace con la lucidez de un poeta: “Corren malos tiempos, Dios mío. Esta noche me ocurrió algo por primera vez: estaba desvelada, con los ojos ardientes en la oscuridad y veía imágenes del sufrimiento humano. Dios, te prometo una cosa: no haré que mis preocupaciones por el futuro pesen como un lastre durante el día de hoy, aunque para eso se necesite una cierta práctica. Cada día es en sí mismo suficiente. Te ayudaré, Dios, para que no me abandones, pero no puedo asegurarte nada por anticipado. Solo una cosa es para mí cada vez más evidente: que tú no puedes ayudarnos, que debemos ayudarte a ti y así nos ayudaremos a nosotros mismos”. Probablemente Nora no conozca a Rainer Maria Rilke, pero ella me recuerda al escritor francés cuando escribe que su muerte es la pérdida de sentido de Dios o, es Dios quien necesita de la existencia del hombre para existir. La existencia es un devenir, un río que lleva las aguas hacia el mar y que durante el camino, parte de ella se evapora para después reiniciar la vida en forma de esa necesidad de estar, de hacerse presente. Entonces, Nora vuelve al momento de aquel día en el que Elisa, del otro lado del escritorio, la observó y le dio la posibilidad de trabajar.

Elisa nos recibió muy bien. Ella era y es una mujer que no se detiene un segundo, de una energía arrolladora. Está en actividad hasta cuando duerme. Sus sueños seguramente serán la FOC y la construcción de una fundación que no deja de ayudar a los pobres. Me debo haber iluminado cuando Elisa dijo que justo estaban por abrir un jardín cerca de mi casa y que había una vacante. Yo pensé que entraba como empleada administrativa, y mi vida cambió cuando entré como maestra. Tuve que aprender sobre la marcha. Nunca había esta-

do con los chicos. Entré como ayudante de la directora y después me quedé coordinando el jardín. Aquí se le llama coordinadora al rol que en una escuela primaria se conoce como directora. Se coordina todo: desde qué van a comer los chicos hasta todas las actividades del día. Yo no sabía nada acerca de la docencia. Busqué alguien que supiera cocinar y después con el tiempo vino el trabajo de la selección de los docentes. Cuando comenzamos cada una de nosotras sabíamos hacer algo y entre todas nos relacionábamos. En la actualidad atendemos a 180 chicos y tratamos de estar en los detalles de cada uno. Visitamos sus hogares haciendo prevención y con los medios que tenemos tratamos, en lo posible, de suplir sus necesidades. En esa época en los hogares no había agua, gas, teléfono ni asfalto. Todo fue creciendo, incluso las casas. Todos fuimos cambiando. Claro que cuando viene el cambio se ganan cosas y se pierden otras. No queda más remedio que aceptar los tiempos modernos.

-Y qué es lo que se perdió.

-Las relaciones. Antes nos juntábamos más, nos conocíamos más. Naturalmente que tenemos contacto pero nos vemos menos. Pero hay que mirar los logros que están en todo lo que queda, lo que dejamos en la gente. Siempre permanecen las relaciones con las familias y la manera en que ellas valoran y aconsejan y dan vida a una organización comunitaria.

Cada uno es un ser único. Nunca tuve grandes pérdidas. Hice el colegio secundario sin problemas. Tuve pocos pero muy buenos amigos. Nunca tuve fantasías malditas, no sé, de matar a alguien o cosas por el estilo. No tengo odio. Yo soy una excepción entre mis compañeros de infancia y de adolescencia. Para mí fue todo muy normal. Los estudios, los amigos, Bariloche al final de la secundaria, los bailes. Nada que me haya marcado de manera negativa. Tuve una familia grande. Durante la adolescencia tampoco viví cosas complicadas. Mi vida fue siempre demasiado normal. Todos mis hermanos hicieron el secundario. Yo soy la única universitaria. A mí la fundación me cambió la vida. Mi vida se hubiese encuadrado en los trabajos considerados normales. Marcar tarjeta, hacer

cuentas, administrar, hoy eso mismo lo miro con cierto pesimismo. En la FOC es distinto. Casi siempre aparece algo nuevo, cosas no previstas. Nada es tan establecido. La FOC me sacó de lo estructurado. No me gusta hablar de mis cosas personales. En quince años pasaron muchas cosas en la fundación, pero es mi pasión y mi decisión fue trabajar aquí, un poco más cerca de los que menos tienen y sufren necesidades.

-¿Cómo ves a aquellos que en su infancia pasaron por el jardín y hoy ya están finalizando la escuela primaria y comenzando su adolescencia?

-Ellos me recuerdan.

-¿Te devuelven tu imagen joven de esos años?

-Más aún cuando comienzan siempre diciéndome: ¿Seño, se acuerda...?

-¿Se acuerda de qué?

-Tonterías, cuando los retaba. El otro día se me acercó un pibe. Me reconoció desde lejos. Dijo algo que me emocionó: "Le agradezco tanto seño las clases particulares que me daba". Entonces me contó que acababa de terminar la primaria y que estaba inscripto para la secundaria.

-¿Cómo vivís el paso del tiempo?

-No lo sé, me resulta difícil pensar en el tiempo. Los chicos son los que me lo recuerdan. Pero ahora estamos a punto de lograr algo por lo que venimos luchando hace años. Mi jardín es el primero que va a firmar el acuerdo con Nación. Es gratificante.

-Vivimos tiempos de enormes cambios en relación a las cuestiones de género y la sexualidad. ¿Cómo te atraviesan estos temas?

-No tengo problemas, tampoco tengo opinión acerca del género. Me costó aceptar y entender muchas cosas, no te olvides de que vengo de una familia complicada. Ni mejor ni peor, acorde con los tiempos que les tocaron vivir. Hace poco tuve una discusión con mi hermana. Ella no acepta la homosexualidad. La discusión fue subiendo de tono.

No es mi costumbre enojarme o ser irracional en mis emociones. Ella me contestó "Vos hablás de esa manera porque no tenés hijos". Yo adoro a mi sobrino. Ahora si el chico es gay o no, eso de verdad no me importa. Yo lo adoro igual. Esta situación es reciente y está en plena ebullición.

-¿Alguna vez conversaste con tus padres al respecto?

-Nunca se habló de ese tema con mis padres. Sencillamente no existía. Calculo que tampoco tenían tiempo. Había que trabajar duro para mantener a una familia grande.

-También la tecnología irrumpió de manera violenta en estos últimos tiempos. ¿Te llevás bien con estos cambios?

-Tengo una dependencia con el celular. Lo llevo pegado a mí. Jamás lo olvido en ninguna parte. Necesito estar conectada. A mí me resulta de gran utilidad, excepto en la universidad que tenés que manejarte con libros. El celular, en las nuevas generaciones, es como si fuese un arma infaltable. Las chicas nuevas que trabajan en la fundación son más prácticas. No ven las cosas como nosotras las veíamos. Me resulta difícil explicarlo pero yo necesito un orden, una estructura. De alguna manera tener las cosas controladas. ¿Soy controladora? Yo creo que no... Bueno, todos tenemos defectos. Yo creo que el celular es una herramienta buena, y que todo depende cómo se la usa.

-Tenés muchas responsabilidades en tu vida en este momento: el trabajo en la FOC y el estudio. ¿Sentís que podés con todo? ¿Creés que hay un discurso de victimización en relación a cómo se vive hoy?

-Creo que sí, hasta yo me incluyo en ese discurso de victimización. Y es algo que lo vivimos todo el tiempo. Lo tenemos tan incorporado que ya ni siquiera nos damos cuenta. Nos quejamos más de la cuenta. Estamos siempre midiendo lo que nos falta en lugar de valorar lo que tenemos.

-Algo así como que la culpa siempre es del otro. Cuando algo sale mal, enseguida empezamos a decir que no es culpa nuestra. Llevamos haciéndolo desde el comienzo del mundo. Es como si lo lleváramos adentro, como si formara

parte de nuestra naturaleza. Nunca estamos dispuestos a admitir que la culpa sea nuestra.

-Y te digo más, viene alguien y te dice "Estoy trabajando mucho y estoy cansada" y frente a ese pensamiento está la posibilidad de responder: "Tenés trabajo". La vorágine del día te impide pensar en todo lo que hiciste, en las cosas buenas que te pasaron. Yo me decía ¡cómo me gustaría viajar! Era una cantinela que la padecía. Se padece la imposibilidad. Hasta que un día tomé la decisión. Fui y compré un pasaje. Me animé, me sobrepuse y lo hice sola. Viajé y la pasé genial.

-También te animaste con el estudio que, como dijiste antes, es fundamental para enriquecer tu trabajo en el jardín.

-Sí, claro. Mirá, mi primer encuentro con el estudio universitario fue complicado. Había empezado y luego abandoné. Además no me sentía cómoda. Pero lo fui superando y fue de una gran ayuda haber formado un grupo de chicas que fuimos haciendo la carrera casi juntas y seguimos juntas. Ahora sí me siento cómoda. Yo siempre quise ser psicóloga. Me gustaba. El problema fue que esa carrera no estaba en Lomas, y viajar a la Capital es toda una dificultad de tiempo y dinero. Pero la psicología la fui supliendo en mi propio trabajo. Me gusta trabajar con chicos con problemas de aprendizaje. Me interesa trabajar con los chicos y me emociona su evolución.

-Sin duda lograrás que los chicos y los padres hablen, te cuenten sus problemas.

¿Cómo sos vos a la hora de contar, de confiarle algo personal a un otro?

-Tengo reparos en contar cosas de mi vida a otras personas. Durante una charla en la que me siento contenida, por ahí cuento cosas.

-Por esa razón estoy aquí entrevistándote. Pero no es necesario que me cuentes tu vida privada. Te gusta analizar a las personas. ¿Te analizás?

-Sí, me analizo. ¿Pero esto va a ir a un libro? Tengo que decirle que este es el tercer intento de hacer un libro. En una oportunidad vino

una chica y no la vimos más, después vino otro español que algo iba a escribir sobre nosotras. No lo vi más. Tengo cierto resquemor. Además, no sé su nombre.

-La tercera será la vencida y esta es la tercera. Mi nombre es Marcos.

-¿Marcos qué?

-Marcos Rosenzvaig.

-Soy desconfiada y tengo que decirle que mi infancia no fue de patas sucias. No me identifico con el título del libro. Yo no me sentía cómoda con este título. Yo no me parezco a las madres cuidadoras. Eran mujeres muy vulnerables, mujeres golpeadas que lograron llegar a tener un lugar en la FOC. Yo no sufrí eso.

-Pero tu mamá fue una Educadora Sanitaria Comunal.

-Sí, pero en casa no se vivía ese drama.

-¿Persiste en vos el ideal de familia?

-Sí, claro. Mi ideal es tener una familia con hijos propios. De chica pensaba en casarme, tener hijos, siento que querría eso. Me cuesta mucho hablar. Me cuesta decirlo ante alguien que no conozco. Otro ideal es terminar la carrera.

-¿Y los ideales perdidos?

-No creo tener ideales perdidos.

-Entonces son todos ideales por ganar, llegar a la meta.

-A nivel laboral estamos por lograr lo que siempre añoramos: el reconocimiento.

-A esta altura y después de tanto trabajo y tanta lucha esto es muy importante. Y sobre todo ahora, que atravesamos una época política en la que hay menos espacio presupuestario para el trabajo social. ¿Cómo viviste el proceso político de la gestión anterior, el kirchnerismo?

-Nunca tuve convicciones partidarias. Estaba de acuerdo con algunas cosas del kirchnerismo, aunque Cristina nunca me terminó de convencer.

-¿Puede ser que una mujer en el poder cause escozor en algunas mujeres?

-Nunca lo había pensado, pero creo que sí. Estoy de acuerdo con el feminismo. Hay que luchar por los derechos de la mujer. No soy una militante. Hay muchas cosas de las que me enteré recientemente. Yo no sabía que en un puesto similar una mujer ganaba menos que un hombre.

Elizabeth

Cuando recreamos en el imaginario a Jujuy solo se nos viene la imagen del calor. Lo que la mayoría no sabe es que en la cordillera jujeña hay una mina, una gran mina llamada "Mina Aguilar". Allí trabajaba el padre de Elizabeth. Ella vivió en el complejo minero hasta que tuvo ocho años y la madre tuvo a sus siete hijos. Es la menor de siete hermanos.

El dueño de la mina en esos tiempos era un empresario de Estados Unidos. Ellos se llevaban los minerales y traían a cambio, desde el país del Norte, todo lo necesario para hacer un poco más confortable la vida cotidiana de los mineros: maestros de escuela, el cura, y enseres de necesidad. Elizabeth recuerda las telas y todo lo que se necesitaba para amortiguar la tristeza de un pueblito alejado de todo y donde los hombres no tenían otra cosa que hacer que extraer plata, plomo y zinc. Su madre aprendió a darle forma a esas telas llegadas del exterior, así fue como se hizo modista de buena costura. Le confeccionaba la ropa a sus jefes y los vestidos para sus esposas. La costumbre era que muchas mujeres de mineros trabajaran como empleadas domésticas en las casas de sus patrones. Todo lo que entraba de dinero a la casa servía para alimentar a siete hijos y para mandarlos a la escuela.

El nombre Elizabeth proviene de un maravilloso cuento de D. H. Lawrence, “*El aroma de los crisantemos*”. Elizabeth es la mujer de un minero. Y el relato del escritor inglés recrea con intensidad y belleza el paisaje de la mina: las vías férreas, señales de luces, algunas lámparas amarillas en lo alto de la mina y el manchón rojo de la fragua en el medio de la noche.

Regresemos a la mina de Jujuy.

En el campamento de la mina había de todo. Los mineros tenían su barrio y los jefes habitaban en otro sector del campamento, pero era habitual cruzarse con ellos en las calles.

La vida allí era blanca. Todo era blanco. Yo creo que se soñaba en blanco. Las imágenes familiares se desdibujan con el tiempo, como si también se volvieran blancas: blancos los afectos, los rostros queridos que ya no están, la nieve los reúne y los cuenta, y cada uno da su nombre en un paisaje infinito de nieve y de muñecos que se deshacen.

Mi padre se levantaba muy temprano, a las cinco de la mañana. Después me despertaba a mí para que vaya a la escuela. Cuando abríamos la puerta de salida de casa tropezábamos con una montaña de nieve en la puerta. Había que palearla para poder salir. En ese entonces no había excavadora y la nieve se paleaba. Mucho tiempo después llegó una que quitaba de un santiamén toda la nieve que obstruía el paso y los caminos.

Cuando mi padre se jubiló nos fuimos a vivir a Abra Pampa, y allí ellos se quedaron junto a cuatro de mis hermanos. Los otros tres nos fuimos yendo en distintos tiempos a Buenos Aires, de a uno y sin apuro, todo bajo la idea de ayudar a mis padres a que tengan una mejor vejez.

Apenas mis padres llegaron a Abra Pampa, un pueblo que ahora está convertido en ciudad, compraron un terrenito. Mi abuelo cuando falleció les dejó la casa donde actualmente viven. Se la dejó a mi padre porque era el único de los hijos que no tenía vivienda. Comparado con la mina, Abra Pampa me resultaba un lugar divertido.

Cuando la mina se vendió yo tenía cerca de veinte años y mi papá ya

no trabajaba más en ese lugar. Como le dije, ya vivíamos en Abra Pampa. La mina la compraron unos peruanos. A partir de ese momento la mina se cerró para el público. Antes la gente podía llegar y visitarla. En cambio ahora hay barreras con personal de vigilancia que impiden el paso a cualquier persona que no sea familiar de los mineros. Nadie puede ingresar, por esa razón no pude volver a visitar el lugar.

Mi llegada a Buenos Aires no puedo decir que haya sido demasiado divertida. Fue un cambio muy duro.

Todo exilio lo es. Dos culturas de raíces distintas: la del altiplano Inca y la de la metrópoli europea. Un día Elizabeth llegaba con el tren Estrella del Norte a Retiro y comenzaba a vivir lo que todo provinciano en la gran ciudad. Nada resultó fácil. Un largo peregrinar de trabajos y un lento encuentro con nuevos amigos.

Yo me fui porque necesitaba ayudar a mis padres y tenía en mente terminar mis estudios secundarios. Mi hermano vivía en Banfield y allí nos ubicamos todos. Él ya estaba casado y tenía hijos. Mucho tiempo después se mudó porque necesitaba una casa más grande. Éramos tres hermanos jujeños en Buenos Aires: mi hermana mayor, mi hermano y yo.

Estudiar y trabajar al mismo tiempo a los quince años no era fácil, así que para ir campeando la situación me inscribí en una escuela de monjas llamada "Santa Teresita". Yo tenía quince años y el colegio era pupilo, tenía la posibilidad de hacer las tres comidas, un lugar donde dormir y estudiar. Las monjas eran españolas, de esas que se ven en las películas y que desde la butaca sentís odio. Mi recuerdo no es nada bueno. Ellas eran duras y estrictas. Me daban direcciones para trabajar como doméstica en distintas casas de familia, con esa paga yo iba costeando a medias los estudios y el resto lo cancelaba mi hermano.

Hasta el día de hoy conservo la postura obligada de sentarme erguida y con una mano en la falda. Era imposible relajarse. Lo estricto llegaba hasta en las comidas, no había que decir no. Se vivía en tensión. La orden llegaba a las manos, dónde ponerlas y qué tocar. Hice hasta tercer año. No pude terminar por un problema de salud. Después

que me operaron estaba imposibilitada de trabajar y mi hermano de pagar la cuota. Ya por ese entonces mi hermana se había convertido en madre cuidadora en la FOC.

La posibilidad del pecado debió haber sido como un insecto invisible con ojos. La sumisión y la conducta estricta era la moneda diaria. Todas se levantaban a las cinco de la mañana y ahí comenzaba el día. Una sola amiga confidente era su única posibilidad de descarga. El único consuelo ante tanta desdicha. Esa amistad se mantuvo a lo largo del tiempo. Compartían y recordaban tanto vivido en común. Hasta que, hace pocos años, la amiga de Elizabeth falleció. Los otros son siempre un espejo nuestro y nos hacen conscientes de quiénes somos. Probablemente, ambas se encontraron en la soledad y lograron atravesar esa montaña de desconfianzas, inseguridades y miedo. Y la amistad continuó porque tal vez fueron los momentos más difíciles para ambas, y esos raptos de tiempo no se olvidan, perduran en el interior.

Entre las distintas casas que trabajé recuerdo una que no olvidaré jamás. Una familia venezolana que supo tratarme como a una hija, incluso cuando tenían proyectado regresar a su país, la señora me ofreció viajar con ellos. Pero a mí me dio miedo. El señor tenía una empresa de seguridad. Tengo un gran recuerdo de ellos.

-Contaste que tu hermana llegó a la FOC antes que vos.

-Sí. La primera que llegó fue mi hermana y una de las lecheras hizo de intermediaria. La llamaban así a las que repartían leche en el barrio. El apodo que tenía esta lechera era "La China", no sé muy bien cómo mi hermana la conoció. Nunca se lo pregunté. Lo cierto fue que en ese momento la FOC nos ayudaba con una bolsa de mercadería. En los comienzos no habían establecido jardines de infantes sino eran guarderías que daban de comer a los chicos. Mi hermana me preguntó por qué no la acompañaba a la FOC y la ayudaba. Me decidí y fui. Había pasado por numerosos trabajos y de lo más variados. Desde el

Banco de Boston hasta la Pepsi. Pero todos provisionarios, con contratos temporales en negro. Cuando llegué a FOC a la primera persona que conocí fue a Elisa, y lentamente descubrí el interior de la FOC: la forma de trabajar que tenían, la organización y la rutina de la llegada de los alimentos. Comencé ayudando a mi hermana y poco a poco la fui reemplazando cuando ella no estaba. Nosotras teníamos un buen equipo. Todas nos ocupábamos de todo porque ninguna era maestra. La coordinadora podía limpiar un baño, la cocinera quedarse un rato con los chicos. La mayoría éramos amas de casa y trabajar allí era un reto para todas. Mi hermana decía que todas éramos responsables. Ella era muy buena dirigiendo y era muy respetada por todos. En ese momento trabajábamos 12 personas en cada jardín y con los años la cifra no cambió. El mío en esa época era el jardín "Nueva Esperanza", tenía alrededor de 185 alumnos. La cantidad de alumnos tampoco varió a lo largo de los años. Lo que sí varió fue la forma de relacionarse de las personas que trabajan y que en el presente te dicen: "Si no me pagás no te hago nada". La maestra de hoy no te levanta un trapo, la cocinera no te limpia un baño. Cumplen un horario. Cada una se marcha apurada a su casa apenas termina su quehacer. Hay algo que se perdió y yo creo que es la pasión por la entrega.

Los nuevos tiempos modificaron las normas. El capitalismo con todos sus medios a disposición fue sacando de las personas no precisamente lo mejor, sino el provecho personal y el egoísmo. De allí que urge recuperar lo mejor de la esencia de la humildad y la pobreza, lo mejor del ser humano en su relación el otro. La importancia del otro en la comunidad, en la villa y en los jardines.

-Salvo la coordinadora del jardín ninguna tiene un cargo con sueldo.

-En mi jardín solo hay dos cargos: el mío y el de una mujer que es la más antigua de los jardines. Todos los sueldos del resto que son aproximadamente 11 mujeres, se financian con un bono contribución que pagan los padres, claro que no todos aportan. El aporte no es una

obligación. Yo les explico que tengo maestras que tienen que tomar dos colectivos, que hay que pagar el trabajo de once personas. Todas pagan alquiler y yo tengo que lograr que todas se lleven un jornal suficiente para seguir trabajando. Pero muchas trabajadoras del jardín te dicen "me voy a 'costurear' para la feria y me pagan más de lo que me estás pagando". O "me hago dos fines de semanas en la feria y gano más". Los tiempos cambiaron para peor. Le preguntás a un padre electricista si te puede echar una mano para arreglar unos cables y te responde: eso cuesta tanto. Claro que tampoco todo es así, hay padres que colaboran, pero la verdad es que todos tienen prisa. A veces les pedimos que vengan a la biblioteca circulante o a alguna de las actividades que realizamos. Vienen y te preguntan "¿Ya termina seño?". Están absorbidos por el trabajo.

Desde el punto de vista organizativo hubo cambios, digamos que todo se profesionalizó un poco más. Esos cambios favorecieron en algún aspecto la estructura de los jardines. En este momento hay seis maestras: tres que enseñan y tres que están estudiando. La que limpia se llama "La auxiliar", la cocinera es la cocinera, cada una tiene sus tareas y se limitan a cumplirla.

El esfuerzo ya no está de moda, todo lo que atañe a la disciplina en la sociedades modernas está desvalorizado. El hombre obsesionado sólo por sí mismo, preocupado por su realización personal, por lo suyo antes y después es una de las formas de lo que Gilles Lipovesky llamó "la era del vacío". Allí desaparece la figura del otro. Y el cuerpo no es ajeno a esa aventura en la que el hombre queda solo consigo. De allí el imperio de las cirugías plásticas y el terror al envejecimiento.

El jardín que coordina Elizabeth se llama "Dulce hogar". Tres corrientes inmigratorias atraviesan la zona, altamente peligrosa, en la que se encuentra el jardín: peruanos, bolivianos y paraguayos. Muchos de los padres que llevan a los niños al jardín trabajan en La Salada. Es quizás el jardín más afectado de la FOC; las napas de agua están muy arriba y apenas

llueve el jardín se inunda. Hace poco construyeron una pared que frena la entrada del agua y levantaron el piso de adelante, pero se inunda el piso de atrás o basta una lluvia fuerte para que el agua salga por debajo del piso. Ante esas situaciones, Elizabeth, las maestras y demás personal se calzan las botas y con balde y escobas repiten el ritual de sacar el agua.

-Tengo entendido que en una oportunidad pusieron una bomba de achique de agua.

-La compramos nosotros y llamamos a la municipalidad. Ellos vinieron y limpiaron la zanja, con el aporte de los padres habíamos logrado pagar una retroexcavadora para que hiciese una verdadera zanja, pero al cabo de un tiempo la basura impidió el correr del agua. Además ese agua no tiene un cauce que desagote en alguna laguna o qué se yo. La realidad es que debería estar entubado. Tampoco hay lo que se llama zanja porque sencillamente no hay desagües.

Mientras relata acerca de las inundaciones del jardín, hay un gesto contenido, un temor al desborde, en ese momento no de las napas, sino de las lágrimas que se contienen.

La única solución es hacer de nuevo la edificación del jardín. Se debería levantar para alejarlo de las napas. Para eso hay que tirar abajo y construir el jardín de nuevo y esta vez sobre pilotes. Las inundaciones hacen que cueste mantener a la gente que trabaja en el jardín. Es muy duro llegar y ver todo inundado, las cosas que se pierden, la faena de tener que sacar el agua. Yo les digo: la que quiere trabajar que lo haga, la que no le sirva lo que gane, no puedo obligarla, las condiciones de trabajo por ahora son estas y no se puede hacer otra cosa.

-¿Y buscar otra propiedad?

-Buscamos otra propiedad por la zona pero te piden fortunas y la mayoría no tiene papeles. Te piden uno o dos millones de pesos sólo porque pasa el colectivo, porque está sobre la avenida. Hay mucha gente que usa esas propiedades para montar un taller de costura y pagan ese precio. De hecho pasé por esos lugares y ya no tenían carteles

de venta. A veces escucho en las reuniones quejas de algunas coordinadoras, reclamando que necesitan bancos o una mesa. Mientras yo lo único que pido es no tener que sacar el agua y que haya baños como los chicos se merecen. Cuando caen tres gotas todas temblamos y a pesar de todo las chicas deciden acompañarme. No es sencillo ver las paredes llenas de humedad. Estas cosas me ponen mal.

-Sin embargo, y a pesar de todo, valorás mucho este trabajo.

-Es lo más lindo que me ocurrió, trabajar con los chicos. Producto de mi experiencia te puedo decir que actualmente sé más que una maestra que estudió. Yo sé cómo calmar a un nene. Nosotros tenemos en este jardín 180 chicos de tres, cuatro y cinco años. Nunca bajamos la matrícula. Siempre la subimos. Tengo padres que llevaron a sus chicos que ahora tienen 13 años, y esos padres son difusores de nuestras actividades. El jardín se retroalimenta de boca en boca. Yo trabajo aquí en "Dulce hogar" hace ocho ochos y trabajé seis años en el jardín "La nueva esperanza". Pero estoy en la FOC hace 18 años. Pasó tanta gente.... Y cada persona es diferente. Día a día te llevás buenos recuerdos de la FOC. Mi madre decía que hay que irse bien para volver a trabajar. A mí siempre me volvían a llamar de los lugares en los que trabajé. Soy respetuosa. Hay cosas que jamás haría y es pasar por encima de alguien. Nada es fácil, soy callada. Más de escuchar que de hablar. Soy paciente y sé esperar, lo aprendí en el colegio de monjas. Allí para todo había que esperar. Las monjas te acos-tumbran a la espera. De todas las coordinadoras soy la más callada.

-¿Y cómo es la relación con los padres?

-Me siento en familia con ellos. Soy muy cuidadosa. Yo les digo a las chicas que trabajan en el jardín que hay que ponerse en lugar de los padres, hay que tener el máximo cuidado. Siempre hablamos y tratamos de ayudar a la gente y al jardín en todo lo que se pueda. Hay problemas de todo tipo en estos barrios y es una realidad que nos atañe a todos. La violencia familiar es quizás el más importante. Hay chicos que necesitan tratamiento especial. Ahora contamos con una psicóloga, antes no teníamos nada. Estábamos obligadas a hacer como podíamos esa tarea. Siempre hablando, tratando de que el otro

reflexione y nosotras en una actitud reflexiva también.

-¿Vivís cerca del jardín?

-Vivo sola en el barrio Olimpo, a unas quince cuadras del jardín. Antes vivía con mi hija, pero ella entró en la escuela de oficiales Juan Vucetich para ser policía, entonces se mudó más cerca de donde estudiaba. A ella le pagan para estudiar. Está estudiando para perito forense. Es una rama de la Facultad de Policía.

-¿Te identificás con alguna personalidad de la política?

-Me identifico con Cristina.

-¿Cómo se trata o se aborda la temática de género y diversidad sexual?

-La sexualidad aquí no es un problema. Aquí había padres que terminaron siendo madres, y madres que son hombres. La proporción es uno cada año. Soy abierta, no tengo ningún prejuicio.

-¿Cuál es tu pasión?

-Mi pasión es la música. Este tatuaje me lo hice los 20 años y representa lo que más amo. Me gusta toda la música desde la clásica hasta la romántica. Amo a Beethoven y aunque me da vergüenza decirlo también a Julio Iglesias. No tengo un género. Mi sueño era ser pianista y dicen que tengo muy buen oído. Yo creo que aprendería muy rápido, aprendo por imitación. Veo, miro y aprendo. Mi hija siempre me dice que tengo que poder cumplir mi sueño. Ella no tiene el oído que tengo. Yo escucho hasta las notas menos audibles. Las distingo y eso me hace feliz. Una vez canté en el caraoque el tema "Azul" de Cristian Castro y todos me felicitaron y me dijeron que tenía que cantar. Estas cosas que le cuento de mi pasión por la música nunca se las conté a nadie, salvo a mi hija.

-¿Te resulta difícil abrirte a tus compañeras de trabajo?

-Tengo compañeras de trabajo con las que me llevo muy bien, aunque no son amigas. Y nunca pude confiar estas cosas, y puede que la razón sea que somos siete coordinadoras, cada una de las coor-

dinadoras tiene su par y yo soy la última, la número siete, la que no tengo una semejante al lado mío. Soy la impar, aunque compañera con todas. Cuando necesitan estoy. Tuve una sola amiga y fue aquella chica correntina del colegio de monjas. Era la única casa que visitaba, conocí a sus hijos. Ella terminó el colegio y estudiaba para farmacéutica. Luego conoció al marido, tuvo hijos y dejó la carrera. Me gustaba visitarla. Todavía no salgo del asombro de haberla visto bien un día y al otro día asistir a su velatorio. Mi otra amiga era mi hermana Noemí. Ella falleció hace dos años y era la coordinadora de Nueva Esperanza. Ella me decía que yo sería casi perfecta si no fuese tan cerrada. Soy cerrada. Hablo poco, creo haberlo dicho. No hago lo que hacen los demás. Eso no copio. Hago lo mío. Yo no voy a hacer aquello que sienta que está mal. Mi hermana está asociada a la FOC. No puedo olvidarla. Íbamos a todos lados juntas. Éramos muy compañeras. Pasa el tiempo y siento que es peor, que la extraño más. Cuando voy a ese jardín, miro la silla y es como si esperara verla y que se siente. Yo creo que esa silla vacía es algo que no puedo terminar de aceptar.

-Sin embargo, a pesar de esta ausencia que acarrea una pena, la FOC también es una pasión, además de la música.

-Es una pasión que insume muchas horas. Trabajar en la FOC implica dejar muchas cosas de la vida de lado. A veces las coordinadoras abandonan cosas personales para estar cerca de los problemas de los chicos y sus padres. Pero cada una de nosotras sentimos que es el trabajo que elegimos en la vida. Si estoy acá es porque yo quiero. Nadie me obliga. Nadie me dice que me tengo que quedar. Es una responsabilidad que asumí y soy feliz trabajando.

Cordelia

La juventud es sinónimo de ideales, de heroísmo y de confrontación con sus mayores. En la tragedia de Shakespeare, “*Rey Lear*”, Cordelia es la única hija de tres que no está interesada por el dinero ni por el poder. La juventud la hace fresca y magnánima e injustamente paga el precio del desinterés a causa de la necedad del padre.

Una mujer llamada Noemí, fallecida hace menos de dos años, supo ser la gran luchadora de los jardines de la FOC. Ella llevó a su hermana Elizabeth, como vimos en la entrevista anterior, y a su propia hija, a quien llamaremos Cordelia, a una organización preocupada por los niños. Noemí llegó a valorar más su trabajo que su salud. Hoy continúan, fruto de la transmisión de la experiencia en los jardines, Elizabeth y Cordelia en “Dulce hogar” y “Nueva esperanza”.

Apenas se sienta, Cordelia alega que tiene muy poco para decir porque dice que está hace apenas un año como coordinadora del jardín. Se trata de una joven resuelta, con humor y, digamos, decidida a enfrentar los problemas.

Yo llegué a la FOC hace once años. No tengo mucho que decir. En el jardín estoy hace un año, aunque hace once me relacioné con la FOC porque mi mamá era madre cuidadora. Ella fue a trabajar con otra chica llamada Patricia, hace 15 años, cuando la comida en la casa no

alcanzaba. Antes de su llegada no había nada. Si bien era un jardín, para mí era un comedor porque funcionaba como tal. Todo era precario y estaba desorganizado. Soy de Salvador de Jujuy, tengo 35 años y me crié con mis abuelos. Tuve una buena infancia. Parte de mi vida la viví en Mina Aguilar y la otra mitad en Abra Pampa. Elizabeth es mi tía. Somos dos generaciones ligadas a la FOC. Me costó acostumbrarme a la vida en Buenos Aires. Tengo dos nenas y la inseguridad es terrible. Mi barrio es muy peligroso y no quiero vivir así. Allá en Jujuy vive mi familia, aquí tengo una parte de ella. Lucho como todos los que me rodean. De esa manera, mis nenas y yo afrontamos lo que nos tocó en la vida. Sin quejas, más bien agradecida por todo lo que recibí en la FOC.

Cuando terminé la escuela primaria en Jujuy viajé a Buenos Aires y comencé a estudiar. Mi hermana me alojó en su casa. Ella ya estaba casada y mi padrino fue como un padre para mí. Al otro, al biológico, no lo conozco ni quiero conocer. Mi padre fue un padre ausente. Lo conocí por fotos. De esta manera llegué y mi padrastro me trató como una hija igual a los otros. Jamás hizo una distinción. El problema mayor era que no me sentía cómoda en el barrio. Dejé de estudiar en la adolescencia. No sé por qué dejé de estudiar. Aunque dejé porque quedé embarazada, pero no era un impedimento. Yo sentía que no podía estudiar así. Aunque sé que podría haber continuado los estudios. Pero en fin, tuve a mi nena y mi mamá me preguntó si quería trabajar acá. Así llegué a la FOC. Empecé en una salita. Nunca había tenido una relación muy cercana con los chicos. Hoy es distinto: sé cómo hablarle a un niño con problemas, me doy cuenta cuando hay un problema o un simple capricho.

La primera gran migración se dio con la llegada de Perón al poder. Aquellos a los que la oligarquía denominaría “cabecitas negras” fueron cientos de miles de personas que migraron desde sus provincias en busca de trabajo a Buenos Aires, la gran metrópolis. Esa fiebre migratoria se produjo a raíz de la industrialización acelerada y el reemplazo de la máquina por el hombre en el campo. No hay que olvidarse que a comienzos del siglo XX, el noventa y cinco por ciento de la población del mundo era rural.

En el presente esa fiebre migratoria está atravesada por dos factores: la revolución electrónica y la movilidad que producen las rutas aéreas que han reducido considerablemente el tiempo de los viajes.

Los más pobres intentan nivelar o disminuir las diferencias sociales emigrando a países ricos, o más ricos que los propios y los imposibilitados lo hacen hacia zonas que consideran ricas tal vez más aptas para mejorar sus vidas. Cordelia y tantos otros lo hicieron hacia Buenos Aires.

Cuando Cordelia llegó a la ciudad se comunicaba con los otros desde su imagen del mundo, esa imagen producto de un imaginario construido, y aunque en ambos lugares se hable un mismo idioma, las diferencias culturales influyen mucho en la adaptación y, sobre todo, en la comunicación. Esto exige del otro una mayor comprensión y tolerancia para encontrar un entendimiento. Hablar con otro que ve el mundo de una manera diferente a la propia implica la posibilidad de un crecimiento. Quienes habitamos las ciudades estamos atravesados por el tiempo y su valor. Por un lado necesitamos del Otro, pero al contactarnos lo hacemos con desconfianza, inseguridad y miedo. De esa manera llegó Cordelia a Buenos Aires, y también lo hacen, y lo hicieron, miles de provincianos, sobre todo aquellos del norte y de la Mesopotamia, todos y todas atravesados por la cultura aborigen.

Marcos, el subcomandante zapatista, terminaba una carta diciendo: "Es necesario hacer un mundo nuevo, un mundo donde quepan muchos mundos, donde quepan todos los mundos."

Apenas me casé alquilamos una casa muy cerca de donde mi mamá vivía. Mi marido trabajaba como mozo en Capital. El marido de mi mamá, que tenía mucha experiencia en la gastronomía, lo llevó a trabajar allá. Estuvimos casados cerca de quince años. Nos conocimos

censando gente y tierras de un barrio. Ese era nuestro trabajo que se extendió cerca de un año. Me separé hace unos cinco años porque ya no toleraba nada de él, y él no me toleraba a mí. Un día le dije: “te vas”, y se fue. Me cansó la rutina. Él trabajaba como pizzero en un restaurant. Al comienzo, después de la separación, no me llevaba bien, pero con el tiempo aprendimos a aceptarnos. Puedo decir que en la actualidad, me refiero a estos últimos años, la relación es buena.

Cuando tuve a mi segunda hija dejé de ir a la FOC. Luego regresé después de varios años y por el conocimiento que yo tenía del jardín me ofrecieron quedarme acá. Lo acepté y ese fue mi nuevo y mayor desafío.

Diariamente, cuando necesitamos alguna cosa o resolver problemas, la persona a la que acudimos y con la que más contacto tenemos es Teresa, quien es algo así como la Coordinadora General, llamémosla así, que no es otra cosa que la encargada de todos los jardines. Teresa consulta todo con Simón y él con Elisa.

Cuando mi mamá llegó al jardín “Nueva esperanza” había pocos chicos. La edificación estaba muy abandonada. Mi mamá y Patricia fueron casa por casa y lograron que de a poco los padres manden a sus hijos. Actualmente tenemos 146 chicos que asisten al jardín. En otras épocas incluso llegó a haber más, pero por un tema edilicio resulta difícil recibir una cantidad superior. La evolución de un jardín es lenta pero siempre hay que caminar con pie de plomo, a veces el apuro puede hacerte equivocar. El primer cambio grande del jardín fue cuando se levantó una nueva salita, y comenzó a brindarse apoyo escolar. Y las modificaciones continuaron su marcha hasta llegar al día de hoy en que mi trabajo es de ocho a cinco de la tarde. En ese horario tenés que encargarte de todo, incluso de las preguntas continuas de las chicas que trabajan. Es mucha responsabilidad con los nenes y con los padres. Yo no sabía muchas cosas. La práctica te enseña y el resto es estudio. Fui aprendiendo todo lo referente a la organización, proyectos, becas para alimentos, planes para cenar, primera infancia. Para todo eso se hace necesario llevar un registro de cada nene, del trabajo de sus padres, la situación en que se encuentran, educación y dónde viven, etc.

En la actualidad tengo tres maestras estudiando, dos maestras en la mañana y una a la tarde. En total son seis maestras. El cargo lo tomé

el año pasado. Se nos presentan a diario cientos de dificultades que hay que sortear con el trabajo de la psicóloga y el de las maestras. El año pasado hubo, por ejemplo, una situación complicada con un nene disputado por sus padres. Esto ocurre a menudo. Anduvimos en estas unidades de asistencia social pidiendo que los padres del nene lo lleven al jardín. El problema de los padres pasaba porque ninguno tenía la tenencia del chico. Después se mudaron y nunca más supimos de él.

Yo dejé mi vida en Jujuy, o creí dejarla. Lo cierto fue que esa vida que se había transformado con mi llegada a Buenos Aires, terminó de modificarse absolutamente con la FOC. La recuperé. Y los resultados están en la manera en que tomo el trabajo diario. Lo hago con infinito placer, jamás por obligación. Actualmente estoy en la etapa de ir conociendo a mis compañeras coordinadoras de otros jardines.

Nada fue fácil. Pienso en todo lo que me costó acostumbrarme a lo nuevo: la gente aquí es diferente, los tiempos, las maneras de ser y de estar con el otro.

Regreso al momento en que llegué a Buenos Aires y te cuento que a mi mamá la había visto hasta mis siete años. Yo tenía miedo de vivir en una casa que no era la mía y con el marido de mi mamá a quien no conocía. Este hombre que fue el segundo matrimonio de mi mamá, si es que se puede llamar matrimonio al primero. Con él tuvo dos hijos. Yo no sabía cómo era convivir. Pero él me fue explicando. Un hombre calmo para hablar y con toda la paciencia del mundo. La clase de hombre que está presente en todo. Jamás hizo diferencias. Cuando murió mi mamá él se enfermó de depresión. No podía caminar. Yo lo ayudé. Tuve que luchar con él. Estuvo mucho tiempo internado. Por suerte él ahora está bien. Quedó con secuelas pero camina y volvió a trabajar en el mismo restaurante como cocinero. La empresa lo volvió a contratar solo que con menos horas de trabajo. Mis dos hermanos estudian ingeniería y todos vivimos en Lomas, en el barrio Santa Catalina.

No sé cuál es mi pasión. No sé si soy vieja para descubrir lo que me apasiona. A mi hija le encanta escribir y leer. Empecé a estudiar psicología en el 2003. Hice el CBC y un año más. No seguí. Tampoco sé por qué y no quiero mentirle. Hubo algo que me llevó a dejar y no lo puedo explicar.

*También quise ser policía. Hice los trámites para entrar a la bonae-
rense y rendí el examen. Era muy difícil y quedamos diez. Fui elegida,
pero en ese momento quedé embarazada y perdí la posibilidad. Me sen-
tí defraudada. Ser policía me gustaba. Yo sentía la necesidad de cuidar
a la gente. Tampoco sé por qué no me presenté al año siguiente para
rendir una vez más el examen. En una oportunidad tomé un arma.
Nunca disparé. Me la había dejado el muchacho que nos alquilaba por-
que era muy inseguro el lugar en donde vivía. Él tuvo que irse un
tiempo afuera y me dijo que era más seguro teniendo el arma. No sentí
miedo de tener el arma en la mano. Pero hay que saber que a las armas
las carga el diablo. Así que evité andar jugando con ella, la escondí en
un lugar que estuviera al alcance para disponer de ella en caso de apu-
ro. Cuando tuve el arma en las manos me replanteé muchas cosas. Yo
sabía que si seguía la carrera de policía, el arma se transforma, para un
policía, en algo fundamental en su vida, en una parte de su vida. Y no
creo que sea lo mío tener un arma en las manos y menos matar a otro.*

*Otra de las carreras que abandoné fue enfermería. Empecé a estudiar
cuando mi mamá enfermó. El día que la llevaron de urgencia al hospi-
tal y observé la rapidez del personal de enfermería y la manera en que
corrían, me dije que esa carrera no era para mí.*

*Yo trato de seguir la línea de mi mamá. Ella me enseñó muchísimo, den-
tro y fuera de la FOC, y creo que estoy haciendo bien las cosas en el jardín.*

*Las despedidas de los niños en el jardín me suelen provocar una
cierta congoja, y es que los chicos te marcan y los extrañas cuando se
van. Ellos están faltos de cariño. Yo ahora soy capaz de abrazar. Antes
ponía mucha distancia. Los chicos me hicieron cambiar. Mi cuerpo es
distinto, hasta mi carácter se modificó. Cada vez me suelto más. Era
muy introvertida. Por lo general soy muy callada. Espero seguir cam-
biando y llegar a ser mucho más dada. Antes no es que no diera nada,
pero desconocía lo que podía llegar a dar y la importancia de mi rol. Y
no podía imaginar que nosotras, todas las coordinadoras que luchamos
bien desde abajo, llegaríamos a ser lo que hoy somos. ¿Se puede resca-
tar algo de mí?*

Ana / Madre Coraje

La pobreza es indiferente a las épocas. En la obra Madre Coraje de Bertolt Brecht, una mujer lleva un carrito, en una Alemania de entreguerras, años '30 del siglo XX. En Buenos Aires, casi un siglo más tarde, un carrito cartonero carga y arrastra las sobras de los que comen, de los que se visten y de los que descartan, porque pueden, porque renuevan, por se aburren. Los hijos de aquella mítica figura del teatro mueren en la guerra, los de ahora mueren por el paco. Lejos y cerca de los años 30' en los que escribía Brecht, nuestra Ana lucha contra un mundo hostil, sin embargo de las adversidades saca sus enseñanzas.

Nací un 21 de Enero de 1970 en la maternidad Sardá. La cesárea en esa época era una operación delicada. Mi padre estaba dirigiendo un partido de fútbol cuando le llegó la noticia de que yo estaba naciendo. Él era árbitro de fútbol. Fue al vestuario, se cambió y viajó a verme. Me vio, besó a mi madre y corrió a mi casa. Enchufó una plancha y se electrocutó. Tenía las zapatillas mojadas. Sin decirlo, mi madre me culpó del accidente. No había nada que festejar. Yo nacía y mi padre era enterrado.

Ya éramos tres hermanos. Dos varones y yo, la única mujer. Vivíamos en un lugar complicado llamado Villa Jardín. Mi madre no quería vivir allí con los tres hijos, así que nos mudamos a Lomas. Fuimos la tercera familia en habitar ese predio que era todo campo. Había unas

tres casas, un tambo y el camino negro lo teníamos a tres cuadras. Mi mamá trabajaba todo el día en casas de familia. Nosotros nos quedábamos solos. Jugábamos hasta que oscurecía. Nos sentábamos fuera de la casa a esperarla. La veíamos venir a pie cargada de bolsas a lo lejos. Llegaba cansada, cocinaba y no quedaba otra que echarse dormir.

Un día ella se juntó con mi padrastro. Era un hombre que trabajaba en un matarife cuereando vacas. Tenía muchos cuchillos y le gustaba faenar con los suyos. Yo andaba por los doce años y nosotros nos llevábamos bien con el hombre, también con su hijo que vivía con nosotros. Mi madre me prohibía que me acercara a mi padrastro y a su hijo de 21 años. Me encerraba en la habitación, recibía castigos. Mi cuarto no tenía puerta y ella había puesto una fila de sillas que impedían el paso. Por esos intersticios que dejaban las sillas me daba de comer. Mis hermanos y ellos comían en la mesa. Nadie decía nada. Yo comía, me acostaba en la cama y escuchaba las conversaciones o veía a mis hermanos salir. Pasaban por delante de mi cuarto. A veces mi hermano Jorge la increpaba a mi mamá diciéndole que por qué me maltrataba.

Otra de las cosas que hacía mi madre era tirarme un balde de agua fría cuando no me levantaba al segundo llamado. Mojaba ropa, cama y sábanas. No importaba. Invierno o verano. Temblaba con los llamados. Otro de los arranques que tenía era pegarme una trompada en la nariz. Ella sabía que yo sangraba mucho y de manera inmediata. Entonces me dejaba goteando, no hacía nada para socorrerme. En ese entonces mis hermanos comenzaron a meterse, le decían “dejala, no le pegués”. La trompada era algo normal.

-¿Tampoco te dejaba salir?

-Al único lugar al que mi mamá me mandaba era a la panadería. A mis hermanos tampoco los dejaba salir a bailar o al centro. Una mañana de esas en las que me mandó a la panadería, después de una de esas tantas golpizas, recuerdo que iba llorando por la calle. Habíamos discutido y cuando no me pegaba con la mano, arrancaba una rama verde de los árboles y me pegaba hasta marcarme. Un hombre me vio llorando. Se acercó y me preguntó qué me pasaba. Yo le conté todo. Con un pañuelo limpió mis lágrimas y después se quitó el reloj, me lo

puso en la mano y me dijo: “Esta noche cuando veas que da las doce, te venís a la esquina de tu casa que nos vamos a ir, yo te voy a estar esperando”. Él tenía unos 24 años y yo 14. Debajo de la almohada puse el reloj, a las doce me escapé y él no me llevó en un auto o en un tren hacia algún lugar. Yo había fantaseado que íbamos a una casa quinta. Nada de eso. Me llevó a dos cuadras de mi casa.

-¿Lo habías visto alguna vez por el barrio?

-No lo había visto en mi vida. Pertenecía a una familia que venía de la selva formoseña. Ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaban ocupando el terreno. En esa época eran todas tierras fiscales. Ellos habían hecho una pieza grande en donde vivía la hermana y la casa vecina era una pieza y un baño. Él vivía ahí. Todo lo que había allí era un colchón. La puerta se trancaba con un palo. Recuerdo ese colchón y el olor a velas. Cuando apagaba la vela era para tener relaciones. Ese olor todavía lo tengo metido dentro. Cuando él no estaba yo miraba el techo. A la mañana comía un poco de pan y tomábamos un café con leche. Después se iba. Hacía changas de albañil, no le gustaba trabajar.

-Pasaste tres días encerrada. ¿Te rescató tu mamá?

-Justamente, al tercer día escuché golpear fuerte la puerta. Y me asusté. Era la policía con mi mamá. Ella ya había comprado el vestido y el traje para él y venía con la fecha del civil. Cuando él llegó, mi mamá le dijo: “Te casás o vas preso por secuestro de una menor”. Los policías le hicieron señas como diciendo vos vas en galera. Él miró a mi mamá, a los policías, me miró, y bajó la cabeza, como aceptando el reto.

-Se casaron un día de lluvia...

-Sí. Ese día había una llovizna persistente, de esas que no se termina ni en una semana. Puente la Noria embarrada. Llegamos al registro civil con la ropa húmeda. Estaba frente a un hombre detrás de un escritorio que me preguntaba si yo lo iba a cuidar y a amar toda la vida. Dije que sí. ¿Qué otra cosa podía decir? Yo no sentía nada por él, ni siquiera sabía cómo se llamaba. La familia le decía Cristian pero su nombre verdadero era Cristinián. Después de casarme mi

mamá me dijo que me fuera a vivir con él. Hacia el mediodía la familia se reunió a comer. Yo era como sapo de otro pozo porque ellos hablaban guaraní y yo no entendía nada. Así que los escuchaba reír y comentar entre ellos. Me ignoraban. Yo miraba tele y lo único que hacíamos era tener relaciones después de apagar la vela. Era eso o mi casa. El barrio era todo campo. Pasaba el aguatero. Había que llenar los tanques porque del pozo salía agua salada.

-¿Pero con el tiempo no fueron incluyéndote?

-No. La familia de él jugaba al truco por plata y bebida. Se emborrachaban y empezaban a buscar problemas con los vecinos. Yo viví todo eso. Al año me embaracé, pero ya para ese entonces habían comenzado los golpes, no sólo a mí, se juntaba con los tres hermanos e iban a provocar a los vecinos. Siempre había alguna excusa: “si no me saludó, si no me miró”. Un día fueron a incendiar la casa de un carrero. Lo sacaron afuera y le pegaron. Esa noche el carrero avisó a los otros carreros. Mi marido y la familia no durmieron. Finalmente los carreros le tirotearon la casa. Yo me tiré al suelo. Desde ese día nunca más fueron a molestar al hombre.

-Cómo transcurrió tu embarazo.

-Viví mi embarazo a los golpes. Me acuerdo un día, ya estaba como de ocho meses y le dije: “voy a comprar una pizza”. La pizzería más cercana estaba a unas catorce cuadras. En el camino me encontré un perrito. Yo era retonta. Estaba feliz con mi perro. Era mío y cuando volvía de comprar la pizza vi que detrás de mí se levantaba una polvareda. Parecía un malón. Y de pronto, de entre el polvo, apareció él con la camisa desabrochada y a los gritos me recriminaba por qué había tardado tanto. No pude decir nada. Me pegó una patada y caí en uno de los zanjones. Él se alejó y yo quedé en medio del zanjón, llena de barro y agarrada de mi perro y de mi pizza. Una señora se acercó a ayudarme. Él se manejaba como un salvaje. Era lo que había aprendido, y ni siquiera cuando nació Roberto hubo en él algo distinto. No hacía otra cosa que tomar y buscar pelea. Tenía problemas hasta con su familia y lo amenazaron más de una vez con echarlo.

-¿Y tu familia no aparecía nunca?

-Sí Justamente en ese momento mi mamá nos ofreció una piecita que había construido al lado de su casa y nos mudamos. Pero él seguía jugando truco con los suyos los fines de semana. Un día estaba con Roberto y sentí una patada en la puerta. La rompió brutalmente y entró a los gritos preguntándome qué estaba haciendo yo en ese instante. Le contesté que estaba cosiendo. Y él me respondió que esas no eran horas para coser. Estaba reborracho. A las patadas tiró todo lo poco que teníamos. Y entonces yo agarré a mi hijo, salí y corrí hasta la casa de mi mamá. Al parecer él ya había tenido una discusión con mi mamá porque ella venía de la comisaría. La comisaría está en Villa Centenario, a unas veinticuatro calles de tierra. Él fue a buscarme a la casa de mi mamá. Mi padrastro había agarrado los cuchillos y escuché una discusión grande. Mi padrastro sostenía la puerta y él con un palo rompía todos los vidrios de la casilla. Mi excuñado se quiso meter y recibió un palazo. Llovía. Como puede agarré a mi bebé y salí corriendo hacia la comisaría, pasé por encima de mi excuñado que estaba tirado. Una noche en la que no se veía nada y tampoco nadie aparecía en el camino. Lloraba y temblaba. A la mitad del camino salió un hombre y me preguntó si necesitaba ayuda. Le agradecí y seguí corriendo y cuando llegué a la comisaría la encontré a mi mamá que estaba buscando ayuda. Mi padrastro no quiso desgraciarse porque pudo haberlo matado. Pero era un hombre calmo que sabía medirse. La policía llegó y metió a mi marido preso por unos días. Entonces, así como mi mamá un día me dijo "tenés que casarte", ahora me dijo: "tenés que separarte".

-Y te separaste, nomás.

-Me separé, porque siempre hacía lo que decía mi mamá. Cuando él quiso volver a mi casa, ella lo echó, pero unos días antes me había escondido en una casucha deshabitada que le había prestado un amigo en Villa Fiorito. Mi marido insistió una vez más con la excusa de ver a su hijo. Justo en el momento en que mi padrastro estaba afilando los cuchillos. Él miró eso, escuchó las palabras de mi mamá y nunca más apareció.

-¿Y regresaste a vivir con tu mamá?

-Sí. Dos semanas después mi mamá me fue a buscar a Villa Fiorito y me dijo que tenía que trabajar, y que ella no podía mantener dos casas, traerme comida y pagar la luz. Así que junté mis cosas, las de mi hijo y regresamos. En el camino ella me explicó que yo ya tenía un hijo y que me tocaba trabajar.

-Así fue que llegaste a una de esas agencias que te ubican en casas de familia.

-Fue al día siguiente. Tomamos un colectivo que nos llevó a la capital. Estaba contenta de conocer la ciudad desde la ventanilla. Al parecer mi mamá ya había hablado en la agencia porque me dejó allí y se llevó a mi bebé, que todavía tomaba la teta. Sentí miedo cuando vi cerrar la puerta de la agencia y mi mamá desapareció. Y también desapareció mi hijo. Y yo sola en un lugar que no conocía. No me dio tiempo para preguntar nada. Me acordé que ella me había dicho: esta gente te coloca en una casa para trabajar.

-Recién tenías 16 años.

-Y ninguna experiencia. Me acompañaron hasta la casa donde tenía que vivir y limpiar. Estaba confundida. Los pechos me dolían de leche. Llegué a la casa. Limpié todo el día hasta la noche. Cuando me senté en la cama de mi pieza comencé a llorar, estuve toda la noche llorando. Los señores ya se habían ido a dormir. Me echaron al otro día. Volví a la agencia. Me llevaron a otra casa y me pasó lo mismo, pero con la diferencia que en esa casa la gente me preguntó qué me pasaba. Yo les decía que quería estar con mi bebé. Me volvieron a echar y finalmente terminé en la casa de una viejita muy elegante y fina. Solo tenía que darle la medicación que me habían indicado. Unas 15 pastillas que la dejaban dopada todo el día. Era un piso en la calle Olleros. Me di cuenta de que a la viejita la manejaban su hijo desde Italia y un apoderado que venía los días viernes y la hacía firmar papeles. La señora dormía mucho y eso me permitía llorar. Con el tiempo me fui acostumbrando a la falta de mi hijo y entonces, después de limpiar, miraba por la ventana, a veces televisión y cuan-

do encontraba una novela la leía. Cada dos meses llegaba el hijo a ver a su madre. Lo cierto es que entre el hijo y el apoderado la fueron desvalijando a la señora.

-Y qué hacías con tu sueldo.

-Yo no recibía el sueldo. Lo cobraba mi mamá y no me dejaba nada porque ella decía que yo no necesitaba nada, tenía buena comida y no necesitaba viajar. Pasó mucho tiempo hasta que mi mamá se dignó a traer a mi hijo al departamento de la señora. Mientras tanto todo lo que tenía de él era una foto.

-¿Te lo llevó finalmente?

-Una mañana escuché el timbre del portero. Salí al palier esperando a mi mamá o al apoderado. Escuché el ascensor subir y cuando se abrió la puerta vi correr a mi hijo por el pasillo. Tenía tres años. Ya caminaba. Sus primeros cuatro años los pasé encerrada con la señora porque no se la podía dejar sola. Los últimos dos años salí cuando mi mamá se ofreció a reemplazarme los fines de semana. Entonces viajaba a Lomas y estaba con mi bebé en la casa. De a poco lo fui recuperando. Eran fines de semana felices.

-Igualmente, seguiste trabajando para esa mujer hasta tus 24 años. ¿Lograste un vínculo con ella?

-Yo la quería. Era muy buena. Recuerdo que usaba tacos enormes y lujosos. En los momentos de lucidez a ella le gustaba vestirse y mirarse al espejo. La ropa la compraba en los negocios más caros de Recoleta. Muchas veces me pidió que la acompañara. Pero por lo general ella no salía. Tenía incontinencia y era fina y vergonzosa. El tiempo pasaba entre la rutina de firmar cheques y las órdenes que recibía del apoderado que eran siempre las mismas: las pastillas del desayuno, las del almuerzo y las de la cena. El tipo llegaba, me pedía que me retirara y sacaba papeles y la hacía firmar. Entre esos papeles seguramente estaba la venta del piso de Olleros y la compra de un departamentito cerca del hospital de niños. Cuando nos mudamos y ella vio adónde la habían instalado, me miró con mucha pena y me dijo: "Ana, este lugar no es para mí, no me voy acostumbrar. Será mejor

que duerma". Y se alejó hacia el dormitorio despacito con esos tacos elegantes. La escuché acostarse. Le pregunté si necesitaba algo y ella continuó repitiendo: "Me trajeron a una pocilga". La situación de la casa era la misma pero la señora dormía más, ya casi no se levantaba, entonces tuve la posibilidad de traer a mi hijo Roberto a la casa. Finalmente la señora murió y con esa muerte se terminó mi trabajo.

-Pero no regresaste con tu mamá en ese momento.

-Me mudé a la casa de una tía, que no era tía, pero la costumbre era llamar así a las amigas de mi mamá. Esa señora que me trató muy bien. Y, entre otras tantas cosas que hizo por mí, me presentó a quien iba a ser mi segundo marido. Quedé embarazada y nos mudamos a la casa al lado de la de mi mamá.

-Y de esa relación nació Johnatan, tu segundo hijo.

-Sí, pero la relación duró poco, no más de dos años. Él me trataba bien. Era un hombre muy bueno y trabajador. En esa época yo formé un grupo de amigas de la cuadra. Y aunque no perdía las telenovelas de la tarde, muy seguido nos sentábamos en la vereda y mirábamos jugar a los chicos. Pero a mi marido no le gustaba ni que saliera ni que anduviese con amigas. Entonces se fue al Paraguay pero quedó en buen trato conmigo. Estando allí volvió a juntarse con otra mujer.

-Pero vos continuabas muy cerca de tu familia. Qué pasó con tus hermanos.

-En esa época mis hermanos se drogaban. Jorge se dio cuenta de que iba por mal rumbo y me dijo: "Yo de acá me voy, si me quedo voy a terminar mal". Y se fue. Al poco tiempo a mi mamá le dio un ACV y estuvo postrada agonizando como dos meses. La cuidé y entonces a mi hermano Luis no le quedó otra opción que trabajar. Mi padrastro estaba jubilado y enfermo.

Jorge había empezado a estudiar el profesorado de historia. Vivía en Avellaneda pero no nos había dejado una dirección. Solo un teléfono. Lo llamamos cuando murió mamá.

-¿Dolió la muerte de tu mamá?

-No sentí nada. Tampoco culpa. Aunque no le deseaba ese final. La limpié hasta el último día.

Ana se dio cuenta de lo infinitamente distante que ella estaba de su madre. Si acaso existiera ese lugar del tiempo que suele llamarse “más allá”, es probable que ambas no se reconocerían al cruzarse en el camino. Hasta puede que la madre se avergonzaría al ver a su hija y Ana se sentiría muy mal por haberla soportado, por haber sido tan sumisa. Sencillamente la vería como una extraña, ni odio ni amor.

-Al poco tiempo murió tu padrastro.

-Sí. Su hijo ya se había casado y vivía en Wilde. Así que me quedé viviendo en la casilla al lado de la casa de mi mamá, y mi hermano Luis ocupando la casa entera de mamá. Yo estaba sola. Mi hermano Luis había pasado a ser sostén. Era pintor de obra y había conseguido un buen trabajo en una empresa que tenía la tarea de pintar todos los edificios pertenecientes a la Banca Nazionale del Lavoro. Me entregaba siete pesos todos los fines de semana y con esa plata tenía que pagar la luz y alimentarnos.

-Y qué pasó con tu hermano Jorge.

-Con el tiempo nos enteramos de que Jorge era gay y que trabajaba como capataz en una empresa de limpieza. Tenía proyectado regresar a casa. Ya no se llevaban bien con Luis. Pero cuando se enteró de su homosexualidad hizo un escándalo: “¡Ese puto acá no viene! ¡Va a venir con tacos!” Luis imaginaba a Jorge como un travesti. Le dije que la casa también era de él y que tenía que compartirla y que Jorge tenía los mismos derechos que nosotros. Finalmente él nunca nos había hecho pasar papelón, en cambio Luis llegaba borracho todas las noches.

-El comportamiento y los hábitos de Luis también te trajeron bastantes problemas.

- Sí, claro. Los fines de semana se reunían atrás de mi casa a jugar

al truco él y sus amigos. Para pasar a su casa ellos tenían que pasar por el patio de la mía. Los sábados Luis cobraba el sueldo y llegaba con buena plata y los amigos lo dormían y le robaban. Una de esas noches, mientras jugaban, a eso de las tres de la mañana, uno de sus amigos empezó a golpear con brutalidad mi puerta. Yo estaba asustada y lo veía desde el mirador. Cuando la puerta empezó a quebrarse grité en el silencio del barrio. Mis hijos lloraban. Tenía un ropero y lo corrí contra la puerta de entrada. Los vecinos se alarmaron. Escuché un disparo. Se hizo un silencio y dejó de golpear. Corrí el ropero y lo vi borracho, sentado sobre un tronco que tenía en el jardín. A Luis lo habían dormido. Continué gritando hasta que se fue. Al día siguiente todos llegaron a la ronda del juego como si nada hubiese pasado. Entonces agarré un fierro y llegué hasta donde jugaban y delante de mi hermano lo denuncié. El tipo bajó la cabeza y mi hermano también. No dijo nada, pero le aclaré a esa bestia que la próxima vez ese fierro le iba a partir el cráneo. Nunca más intentó golpear mi puerta.

-Tu hermano Luis también quiso meterse en tu casa durante de la noche.

-Mi hermano borracho también en más de una oportunidad quiso abrirme la puerta durante la noche. ¡Andate! le gritaba yo y él repetía la misma cantinela: "Quiero hablar con vos". Vivir allí se tornó peligroso y quería irme. Y en esa época conocí el jardín de la FOC.

-Pero Jorge aún no había aparecido.

-Finalmente llegó, un día, y me preguntó si podía quedarse conmigo, porque Luis no quería que estuviera en su pieza. Jorge era amoroso y de bajo perfil. Le dije que sí, por supuesto. Entonces a los tres días trajo sus cosas. Mis chicos dormían en una cama, yo en otra y Jorge en un catre que me había prestado una vecina. Cuando se instaló me di cuenta de que estaba enfermo. Una mañana mientras dormía, casi casualmente, me encontré con un estudio de HIV. Yo en ese momento ya trabajaba en el jardín. Cuando llegaba lo veía siempre acostado y cada día peor. Tosía mucho por la noche y tuve miedo por mis hijos. Prácticamente no se movía y le dije que lo tenía que internar. Llamé a una ambulancia y lo llevé al hospital Muñiz. Lo bajaron y empujé la silla de ruedas hasta

llegar al consultorio. El médico preguntó si era portador. Él se quedó callado y yo dije que sí. En ese momento me miró. El médico preguntó si tenía obra social y entonces él informó que había que internarlo en la clínica. Lo subieron a una ambulancia y viajé con él en la cabina. Durante el viaje me dijo: quiero que me perdones. Después me contó que su pareja había muerto. Era un enfermero de neonatología y que él se contagió sacando sangre a un chiquillo, el niño pegó una patada y se pinchó con la aguja infectada, y que siempre había sabido que su novio era HIV, pero que no le importó. Lo amaba. Su enfermedad había coincidido con la fiesta de fin de año del jardín. Así que me la pasaba viajando para estar con él y organizar la fiesta. Era mi trabajo y no podía faltar. Hablé con Luis para que me relevara pero no quiso, tampoco Jorge quiso ser cuidado por su hermano. La clínica estaba muy lejos, no recuerdo dónde, pero era como si dijera Ezeiza. Lo que recuerdo fue que apenas terminó el acto, ya tenía el bolso preparado, así que tomé un remis y partí para la clínica. Estaba peor, por momentos arañaba la pared, el dolor era insostenible. Yo trataba de calmarlo. Le hablaba, le contaba cosas del jardín, hacía todo lo posible para distraerlo. El médico me pidió que no estuviese todo el día dentro porque de lo contrario estaba obligado a prohibirme la entrada. La clínica quería descartar una tuberculosis. Estaba aislado. Yo no me movía de su habitación. Un día me pidió manzana rallada. Busqué una verdulería y cuando llegué a la clínica la cocinera me facilitó un rallador. El médico me vio y me dijo que él no tenía defensas para comer nada crudo. Yo me dije por qué negarle un gusto, si de todas maneras se estaba muriendo. Llegué a la habitación y despacito le fui dando con una cuchara la manzana. La saboreaba, era lo poco que podía hacer para hacerlo feliz. Todas las cosas que se usaban se tiraban en el acto para evitar focos infecciosos. La última noche sufría demasiado. Ya ni la morfina llegaba a atenuar los dolores. Me acerqué a la ventana y hablé con Dios y le dije, llevátele. En el momento en el que salía, antes de llegar a la puerta, vi caer su cabeza. Avisé a las enfermeras. Les pedí que se fijaran si mi hermano respiraba. Entraron las enfermeras, el médico, biombo y final. Yo no sé si vos sos creyente. Sé que Dios me ayudó, lo ayudó a morir. La obra social cubrió el entierro. Yo hasta ese momento no sabía muy bien los

trámites, pero fue sencillo. Antes de que lo enterráramos se enfermó mi otro hermano. Estaba amarillo. Los ojos como la yema de huevo. Unas semanas después, los borrachines de enfrente se acercaron a mi casa y me dijeron: vení a buscar a tu hermano porque me parece que se está descomponiendo. “¿Me están cargando? Tráiganlo ustedes o creen que yo tengo fuerzas para levantar a mi hermano y acostarlo.” Les hablé así. Lo buscaron y me lo trajeron. La casa de él era un desastre. Todo lo que tenía mi vieja lo había vendido. Estaba abandonado, sucio y me tuve que hacer cargo de internarlo en el Gandolfo. Lo llevé en un remis, no tenía documentos ni cobertura. Los médicos me dijeron que tenía cirrosis y que la única posibilidad era ponerlo en una lista de trasplantes pero que había alrededor de cincuenta personas delante de él. Yo dije que no hacía falta, que había gente que realmente lo necesitaba y que él ya era un desperdicio. Pero no me dejaron tenerlo mucho tiempo en el hospital, así que me vi obligada a tomar un remis y a llevármelo a casa. Logré acostarlo y le dije a mi hijo: “Por qué no me lo mirás al tío que voy a descansar un ratito”. Se quedó mi hijo con él y al rato me despertó y me dijo “el tío está mal”. No me había recuperado de uno y caí con el otro. Llamé un remis y volví a llevarlo al hospital. Cuando llegué estaba muerto. La médica no lo quería recibir. El taxista no quería ni cobrar. Y la médica mientras me decía: “Llévalo a tu casa y llamá a la policía. Está muerto.”

-No –le dije-. Ustedes me dijeron que lo llevara a mi casa. Yo no tengo plata para pagar otro remis. Además ¿me estás cargando? ¿Querés que lleve a mi hermano muerto, lo acueste y llame a la policía?

-Pero él murió fuera del hospital –se defendió la médica-. Yo te lo recibo pero no te voy hacer el acta de defunción porque él murió en la calle.

-Está bien –dije. Y entonces vino un camillero y lo ubicó en la camilla. Apenas lo bajamos el pibe del remis partió sin saludar ni cobrar. Ingresaron a mi hermano muerto a la guardia y llamaron a la policía. El problema que hubo es que él no tenía papeles. Estuvo cinco días en la morgue porque era un NN. Mientras tanto tenía que hacer trámites y cada trámite era una vuelta a la morgue para que saquen el cuerpo de la heladera, manchen un dedo de tinta y lo apoyen en un papel que exigía el registro civil. Revolví toda la casa y finalmente encontré un

papel totalmente arrugado que era la partida de nacimiento. La planché y la plastifiqué. De todas maneras me hicieron regresar a la morgue. A la quinta o sexta vez los morgueros me tiraban los perros. No querían ni verme, casi con bronca mancharon el dedo y la apoyaron corrido sobre el papel. Llevé el papel al registro civil y me dijeron que no servía, que tenía que llevar a mi hermano a La Plata para que le hicieran una autopsia. Pero yo no tenía plata para eso. Esa semana, encima, había llovido todos los días. Y yo no daba más. Me la había pasado corriendo entre la morgue y el jardín. Cuando se dieron cuenta de que el caso no cerraba más, me dieron la orden para enterrarlo. No lo velamos. No tenía un solo amigo. Lo llevé al cementerio. Llovía. Los enterradores no querían andar paleando bajo la lluvia. Les dije que me dieran la pala que el pozo lo hacía yo. Casi como un favor se dignaron a enterrarlo.

-Y tus hijos. Qué pasó con tus hijos durante ese tiempo.

-Retrocedo a cuando tenía 26 años y cuidaba a mis dos chiquitos. Jhonny tomaba la teta, le daba todo lo que no le había dado a Robertito. Había un jardín llamado "Conejito saltarín" y tenía mala fama en el barrio. Decían que a los chicos les pegaban y que los ponían bajo el chorro de agua fría cuando lloraban. Yo me dije que igual iba a probar. Tenía poco que perder. El jardín tenía todos los vidrios rotos. No había juegos y las madres que se encargaban no tenían estudios y eran viejas. Al principio era una guardería cuidada por los vecinos. Un día la gente de la guardería me convocó para hacer una huerta comunitaria. Y yo me dije: "Voy a probar, total no pasa nada si me pierdo un capítulo de la telenovela". Y fui. Dimos vuelta la tierra. Éramos cuatro padres locos plantando verdura. Y al otro día me preguntaron si podía ayudar para pintar el paredón. Y nos dijeron que juntáramos pintura entre los vecinos, toda la que les sobrara.

-Así llegaste al jardín de la FOC la primera vez.

-Conocí a la hermana de Elisa que me preguntó si no quería quedarme a colaborar. Soy sincera, la vida me hizo así. Y le dije que no. Pero a la semana siguiente recapacité y volví. Por ese entonces había ocho nenas en la guardería. Eso era todo. A veces no había para comer. Y entre todas traíamos algo y armábamos una comida. Sin

embargo, de a poco las actividades me fueron llevando a estar más tiempo. Un día propuse hacer con letras grandes el nombre del jardín. Me subí a una escalera alta y fui pegando cada una de las letras "Conejito saltarín", y pintamos tres cubiertas grandes que había por donde los chicos jugaban a pasar por dentro. Después dije que sería bueno hacer propaganda. Hicimos volantes: Abierta la inscripción en "Conejito saltarín". No teníamos materiales, así que trabajábamos con granitos de polenta y yerba. Yo tenía una vieja máquina de escribir "Remington" que en realidad ni recuerdo quién me la había regalado. Lo cierto fue que la máquina me sirvió para hacer las notitas para los padres. El jardín comenzó a funcionar con las necesidades de los vecinos. Por ese entonces la coordinadora se llamaba Hilda. Ella usaba el jardín para beneficio propio. Cuando ella llevaba comida, le daba de comer a sus hijos churrascos y para el resto de los nenes polenta. En la FOC la empezaron a investigar cuando, en un mes, según ella, se habían gastado 18 garrafas. Tenía a todos sus hijos, usaba al jardín para su beneficio. Se hacía pollos y se los llevaba a la casa. Las mujeres del barrio contaron que la habían visto cargar mercadería en un Rastrojero, además cobraba a los padres pero no pagaba a la gente que trabajaba en el jardín. Así que le pidieron que se fuera.

-¿Y en ese momento te ofrecieron ser la coordinadora del jardín?

-Sí, Elisa hizo una reunión y me ofreció ser la coordinadora. Era mucha responsabilidad pero tampoco había opciones. Comencé teniendo a cargo dos salas, a la mañana la sala de 4 y a la tarde la de 5. Arreglamos las puertas, los vidrios, hicimos sala de dibujo y los padres empezaron a decir que el jardín había cambiado. Cada vez llegaban más chicos. Mi vida cambió totalmente. Hasta mi casa cambió. Y así aumentamos la matrícula. Hoy tenemos más de 160 chicos. También empezamos a pagarles mejor a las mujeres que trabajaban en el jardín. Al aumentar la matrícula también aumentó el dinero de la cooperadora. Mi vida cambió totalmente. Nunca me imaginé trabajar en un lugar así. Mi casa es otra.

-Todo esto comenzó cuando tenías 27 años, pasaron 21. Hoy tenés 48.

-Hace 21 años, cuando arrancamos con ocho chicos, yo no hablaba correctamente. Tenía que aprender, cambiar mi vocabulario. Al principio no fue nada fácil. Cuando hicimos el primer acto, yo quería desaparecer. Tenía miedo de salir. En las reuniones de padres no tenía que cometer errores. Ponía toda mi voluntad para mejorarme y fuimos levantando el lugar. El primer paso fue llegar hasta los 100 chicos. Las más viejas que lucharon junto a la FOC son las mujeres de la cocina y la del portón. Las maestras comenzaron a estudiar. El Estado exige que sean docentes quienes tengan a cargo la educación. El personal que trabaja en el jardín en la actualidad está conformado por 14 mujeres que tengo a mi cargo. Tres recibidas y tres por recibirse, además de dos maestras que trabajan en el nivel inicial.

-Pasaron varios años y festejaste el cumpleaños número 18 de tu hijo Roberto en el jardín. Qué pasó ese día.

-El día que hice la fiesta en el jardín por el cumpleaños de Roberto, hacia el final, me presentó a Sandra, su novia. Una chica acostumbrada a vivir junto a sus hermanitos en la calle. Ella no tenía más de 14 años. La saludé y le di la bienvenida. Mi hijo me llevó aparte y me dijo que Sandra estaba embarazada. Ellos decidieron vivir en la casa de mi mamá y allí comenzaron los problemas. Ella no quería estar en una casa. Estaba acostumbrada a la calle, y entre medio de las discusiones nació Romina. Las peleas continuaron, incluso se iban a las manos. Luis no trabajaba. Yo era el único sostén. La historia se repetía. Hasta que un día se pelearon a lo grande y ella se llevó a la nena. Como al mes apareció en el jardín con una bolsita que tenía un pañal y el DNI. “Te la traigo. Yo no puedo tenerla”, dijo y se fue. Atajé la bebé y le dije que ella no podía dejarme la nena así, que en todo caso debía firmarme un papel porque mañana me podían acusar de secuestro. Ella me contestó: “Te firmo lo que quieras”. De buenas a primeras me encontré criando un bebé. En esa época yo había inaugurado una sala para bebés y funcionaba muy bien. Tiempo después apareció en los noticieros el tema de la muerte súbita, y a pesar de

que llegué a tener diecisiete bebés y que no me alcanzaban las cunas, razón por la que ponía hasta dos bebés por cuna, Elisa dijo que lo mejor era cerrar la sala. La verdad es que daba miedo.

-Te hiciste cargo de Romina, entonces. Y qué pasó con tu hijo Roberto, el papá de la beba.

-Tuve la suerte de tener el jardín y frente a mi casa la escuela. Todo estaba cerca, no tenía más que caminar unos pasos. Así que ella pasó por las distintas salas y luego entró en la escuela. Pero cuando Sandra lo dejó a Roberto, él entró en un cuadro depresivo y comenzó a drogarse. Los vecinos lo encontraron queriéndose ahorcar con una soga. Lo salvaron y vinieron corriendo hasta el jardín para avisarme. Otro día lo encontré tirado en el piso. Tenía 21 años y me dijo: "Mamá ayúdame, necesito que me ayudes a internarme". Hablé con Elisa. Me consiguió una cama en una granja para adictos ubicada en La Rioja que se llamaba La Facenda. En diez días tenía que internarlo, hacerle todos los estudios de salud porque en La Facenda no había salita de primeros auxilios. Te exigían la boca perfecta y todos los análisis. El dentista le encontró 19 dientes podridos. Le sacaron de a tres muelas por día. Le hice todos los estudios y dieron perfecto. Pero no solo te pedían los certificados de salud, también había que comprarle todo lo necesario para tres meses. Me embargué comprando todo lo que iba a usar en ese lapso. Además, había que pagarlo. Una vez que solucioné todas las exigencias de La Facenda, viajamos hasta La Rioja. Un cura nos esperaba en la estación y fue quie lo llevó hasta la montaña en donde estaba el campo para adictos. A los cinco días me llamó el sacerdote y me dijo que Luis no quería quedarse más. Hable con él y le contesté que yo todavía no había pagado ni la mitad de las cosas compradas. Hablamos un par de veces. Dejé pasar diez días y volví a llamar. Me informaron que Luis había partido y que como él era mayor de edad nadie podía retenerlo. Le sacaron un boleto y lo dejaron ir. Yo no entendía nada, me costó reaccionar. Lo primero que pensé es que si él había llegado a Retiro carecía de dinero para el pasaje en colectivo, porque la costumbre del lugar era no dar dinero a los adictos. Me tomé un remis y lo busqué por la estación.

Entré a la villa y pregunté, nadie me supo decir nada. Era de noche y había mucha gente fumando paco. Me dio miedo. Cuando ya estaba pegando la vuelta sonó el teléfono. Me fijé el número y era una llamada hecha desde el jardín. Una de las maestras se había quedado hasta esa hora, preocupada porque no quería dejarlo solo. Ella me avisó que estaba allí. El alma regresó a mi cuerpo y regresé al barrio aliviada en colectivo.

-¿Y Jhonny?

-Mi otro hijo quiso alejarse del barrio y de las drogas. Me planteó la idea de viajar a Corrientes, donde se había vuelto a mudar su padre, y estudiar allí. A mí me pareció una buena decisión, entonces le dije que hablaría con su padre. Lo llamé por teléfono y le conté. El padre me contestó que él no tenía problemas en recibirlo pero que no tenía plata para mandarlo a estudiar. Donde él vivía no había colegios públicos sino uno solo y privado. Le dije que no se preocupara, que yo le mandaría el dinero para que Jhonny estudiara. Al tiempo de estar allá comenzó con dolores en el estómago. El padre me contó que lo había llevado a curanderas pero que el dolor continuaba, así que decidió regresar a Buenos Aires. Lo fui a esperar a la terminal. Lo noté un poco desmejorado y al otro día me encargué de llevarlo a los médicos. Ellos lo revisaban y no le encontraban nada. Le hicieron diferentes estudios y nada, pero los dolores continuaban. Hasta que lo vio un médico que me habían recomendado y cuando mi hijo salió al pasillo, él médico me dijo que lo llevara urgente al hospital, que lo que tenía no era joda. Tomamos un remis y nos fuimos al hospital "Evita". Los médicos, apenas lo vieron, lo dejaron internado. Yo no podía dejar de trabajar, así que me turnaba entre el jardín y el hospital. El día que lo operaron y les vi la cara a los cirujanos cuando salieron del quirófano... Uno de ellos me habló y me dijo que de afuera no se veía lo que había dentro. El cáncer había hecho metástasis. Tenía todos los órganos tomados y ellos no quisieron tocar demasiado, sólo los intestinos, y cerraron. Yo lo miré y le dije: "¿Usted me está diciendo que mi hijo se va a morir?"

La primera pausa larga. Le cuesta seguir hablando. Endurecida por el dolor, Ana hace esfuerzo para no llorar. Y lo consigue. Las lágrimas son para los flojos. A ella le tocó apretar la mandíbula y seguir el carro de la vida. Cuando se inicia el viaje se desconocen los pozos del camino, pero a pesar de todo, “madre coraje” tira de su carro, aunque cansada, sabe que no se puede permitir un descanso. La vida nos hace ser un buey de nuestro destino. Hay que aguantar el peso de los seres queridos que llevamos en el carro, y un día entregar el propio cuerpo al final del camino. La mirada de Ana se hace larga, como un horizonte. Traga saliva. Está envuelta en esas imágenes del pasado y entrar allí es revivir, es hacer presente a los que ya no están y así como los cuerpos se resisten en desaparecer, Ana se resiste a abandonar esas imágenes que han hecho una lápida en su memoria. Los médicos pasaron a ser amigos, compañeros en la muerte. Nueve horas de quimioterapia por día.

Conocimos gente impresionante, de una gran calidad humana. En un comienzo mi otro hijo Roberto comenzó a ayudarme, después se cansó. Había que hacer cientos de trámites para conseguir una medicación carísima. Me di cuenta de que ellos nos fueron preparando con calidad humana, no con compasión, sino con sabiduría. A mi hijo lo llamaban el “Nene”, era el menor de todos los enfermos de cáncer. Luchamos mucho. Pero llega un momento en que el enfermo también se cansa de luchar. Y en eso Johnny tuvo sabiduría de sobra. Estaba internado. Se estaba muriendo y me pidió que fuéramos a casa. Me dijo que quería despedirse de todas las personas que quería. Llegamos a la casa y le dijo a mi otro hijo Roberto: “Ponete las pilas que tenés que cuidar a una hija”. Se despidió de sus amigos, de las chicas del jardín y me dijo: “Si me dieran a elegir, te vuelvo a elegir como madre.” Nunca lloré delante de él. Yo me desgarraba. Salía afuera y lloraba para entrar nueva y apoyarlo. Le ponía las inyecciones de morfina. Cuando empeoró lo llevamos de vuelta al hospital y dijo: “Ma, no quiero que me hagan nada ni me pinchen.” Un día me pidió

que me acostara un ratito con él y lo abrazara. Y entonces se quedó dormido. A las enfermeras y a los médicos les costaba creer que continuara vivo, y hasta los hacía reír. Miraba el techo y decía: “Qué onda, espero que Dios no me haga trabajar mucho allá arriba”. Cerraba los ojos frente a la mirada del médico y la enfermera y decía: “¿Y? ¿No me voy?” Todos reíamos y yo le decía que él se iría no cuando él quisiera sino cuando Dios lo decidiera. Los médicos estaban sorprendidos, a veces pasaban y no podían creer que continuara vivo. Estuvo tres días agonizando. Solo respiraba y yo me pregunté por qué no se iba. Había algo que quería. Yo tenía puesta una frazada. Era invierno y hacía frío. Entonces supe lo que él deseaba antes de irse. Me acosté con él. Nos tapamos con la frazada, lo abracé y se fue. Era un 6 de agosto. Me dejó una enseñanza de cómo enfrentar el mundo. Encontré a los médicos en la escalera llorando y yo abrazándolos. No sabía muy bien qué hacer. Fui hasta la iglesia y le pregunté al cura: “¿Por qué?”

Si se trata de hablar de Dios ¿cómo no caer de inmediato en los reproches? ¿Por qué crear un mundo tan injusto? ¿Por qué permanecer en silencio ante los estragos del sufrimiento inocente? No hay respuestas para estas preguntas. Dios permanece, en silencio y quizás, como dice dice Francois Cheng, permanezca obligado a hacerlo.

Hasta el día de hoy me escriben la psicóloga y el médico que lo atendían. Hice una nota al director del hospital para agradecerle todo lo que el hospital había hecho por mi hijo. Con el tiempo me pidieron que diera una charla para los otros padres. Estas cosas me enseñaron a ser más humana y a entender más a mis compañeras como a los padres del jardín. Los escucho y razono con ellos sobre las cosas que les pasan. Trato de levantarles el ánimo. Trato de estar de pie. Me gusta lo que hago. Elisa me enseñó gritándome. Aunque a veces me quedaba llorando, después supe que aprendía de esos gritos y que ella me enseñaba. Me acostumbre a sus formas. Y hay algo invaluable y es que Elisa te enseña. Y sí, también te la tenés que fumar porque Ella es así.

-Qué pasó con Romina, tu nieta.

-Un día me dijo: "Quiero irme a vivir con mi mamá". La madre vive en Ceballos, más allá de Florencio Varela. Sandra tuvo dos hijos más y en la actualidad vive con un muchacho. Ella nunca se drogó. Yo no la abandoné nunca. Estuve cerca de ella cuando tuvo a su segundo hijo, el padre de ese chico está preso. Y el padre del tercero es el que vive con ella. Tiene tres hijos de tres padres distintos. Aprendió mucho y vive en una casa y está contenta de criar a sus hijos, no en la calle, sino en familia. Los procesos son personales y nadie puede apurarlos, se producen solos, y aunque una quisiera que fuese distinto, los tiempos de aprendizaje de la vida son como los del jardín. Yo también aprendí y necesité tiempo para hacerlo.

-¿Y vos?

-Mi realidad actual es que me junté con un hombre muy bueno. Él es chofer hace 25 años de la línea 528. Cuando lo conocí ya estaba divorciado. Tenemos nuestra casa linda y no nos falta nada. Somos solos. Él tiene dos hijos grandes viviendo con la madre. Estoy bien. La muerte de mi hijo fue la pérdida que más me afectó. En un futuro, cuando mi marido se jubile tenemos la idea de vender la casa e irnos a la costa. Quizá podamos poner algo para comer al paso y para que Luis trabaje con nosotros. Él estuvo mucho tiempo en gastronomía. Sucede que pierde los trabajos y tampoco tiene voluntad para salir del mundo de la droga. Cuando lo echan regresa al reparto de pollos. El tiempo dirá si aprende, solo el tiempo.

Evita

Mi padre era hijo de un hombre sin estudios que trabajaba como arriero. Mis abuelos eran oriundos de Entre Ríos, más precisamente de Gualeguaychú.

A medida que iba pasando el siglo la prosperidad iba mermando, y al final los arrieros quedaron herrumbrados como los mateos, más como un producto turístico que una realidad práctica. Los camiones jaula fueron dejando a los arrieros a un costado del camino y el abuelo de Evita se quedó allí, mirando el ancho cielo y la espesura de los montes entrerrianos.

A mi abuela le encantaba hacer artesanías, las hacía de cualquier cosa, incluso hasta con los plásticos de los sachet de leche. Esa era una de sus pasiones. Y otra de sus pasiones, hacer hijos. Tuvieron catorce. Mi abuelo no era un hombre de perder el tiempo. Tanto él como su mujer carecían de imaginación para los nombres, a los primeros les pusieron los de uso diario, y para los últimos el santoral fue una guía apropiada.

Al padre de Evita le tocó Blas Sulpicio y a su hermana menor “Diolinda”, como lo indicaba el santoral.

La crisis del campo de comienzos del siglo XX, hizo que la familia se mudara a Buenos Aires. Algunos de los 14 hijos estudiaron y a otros la necesidad los llevó directamente al traba-

jo. Blas nunca supo leer ni escribir. Cavó pozos e hizo veredas desde que tuvo 14 años. Tuvo una descendencia acorde a los tiempos: dos hijas. La mayor, Eva, recuerda su infancia con ternura.

Mi nombre es Eva. Soy vehemente y sincera. Lo que tengo que decirte te lo digo en la facha. No me gusta la traición ni los traidores. Soy fuerte y me encanta hacer aquello que no pude cuando tenía 20 años. Durante mi infancia nos divertíamos con cosas sencillas. Tampoco teníamos demasiados juguetes, así que juntar ciruelas y duraznos de los árboles en el fondo de mi casa y salir con mis hermanos a la vereda para venderlos era uno de nuestros mejores juegos. Algunos travesean al doctor, otros al verdulero. No teníamos grandes cosas pero sí una familia.

-Te negaste a hacer la escuela secundaria pero te inscribiste en la academia Pitman.

-Cuando terminé la primaria le dije a mi mamá que no quería seguir estudiando. Ella no lo podía entender, me insistió para que continuara, pero yo tenía una razón secreta y era que odiaba la educación física. Correr y hacer deporte nunca fue lo mío. Esa fue la razón que me llevó a inscribirme en la academia Pitman. A los 14 años comencé a trabajar en la confección y a la par estudiaba. Cerca de "la salada" siempre se consiguió trabajo relacionado con la costura, y nosotros vivíamos a ocho cuadras, en Villa Lamadrid, en la que fue la casa de mis padres.

-Y te casaste joven, a los 19 años.

-Alfredo, el padre de mis cuatro hijos, fue mi primer novio y un año antes lo presenté a mi familia. Don Blas Sulpicio era muy estructurado y de pocas palabras, lo estudió sin decir palabra y a la tercera vez que nos juntamos a comer sentenció: "Es un buen hombre". Ese día me sentí feliz. Era como si hubiese necesitado la confirmación de un hombre que poco sabía de las letras pero mucho de la vida, y no se equivocó.

-¿Y tu marido trabajaba en una sastrería?

-Siempre trabajó en una sastrería muy famosa de Once. Él no quería que yo trabajara y cuando mi padre quedó sin laburo, mi marido nos mantuvo a todos. La que no estaba feliz era su madre quien cuando podía me atacaba con indirectas como "¿cuándo va conseguir trabajo tu papá?".

La crisis del 2001 cayó sobre la familia de Eva como el derrumbe de un edificio. Y la casa comenzó a desmoronarse. Aparecieron entonces los primeros picos de presión del marido de Eva. Los financistas se enriquecían y se llenaban la boca con la palabra democracia. Las fábricas continuaban cerrando y los comedores se multiplicaban. Los verdaderos enemigos eran los capitales del exterior unidos a los bancos y al poder escondido en paraísos fiscales, que hicieron del país un negocio carente de escrúpulos que dejó a los argentinos en la calle y con hambre. "El capitalismo -dice Alain Badiou- es la animalización de la bestia humana, que ahora vive sólo en función de sus intereses y de lo que a su entender le corresponde."

Hubo un tiempo en el que estuvimos separados y Alfredo fue a vivir a la casa de sus padres en La Tablada. Después de algunas idas y vueltas, regresamos y yo quedé embarazada de mi cuarto hijo. Su situación laboral iba de mal en peor hasta que lo echaron y las desgracias no vienen solas. Eso motivó otro pico de presión que lo dejó con la mitad del cuerpo paralizado. Era de noche y apenas había terminado de cenar, me acerqué al dormitorio y lo vi blanco. Le pregunté si se sentía bien y me dijo que sí. Yo me quedé limpiando y cuando me iba a acostar me dijo que no se sentía bien. "Creo que mojé la cama." Esa noche lo interné en la clínica de su obra social. Estuvo varios días en coma 4. Yo iba a las 6 de la mañana y me quedaba hasta las once de la noche. Mis hijos me preguntaban y yo no me animaba a contarles la verdad. Lo atenuaba todo, decía que estaba mejor, que les mandaba muchos besos. Esa protección que establecí después la pagué cara,

con cientos de reproches. El día que murió, llegué a casa, reuní a mis hijos y les conté la verdad. Entonces hubo rabietas y reproches. Pero ya era tarde.

-No te fue fácil tampoco con tu suegra, ¿no es así?

Fui juzgada por mi suegra. Ella se desgañitó llorando, sin embargo durante los quince días que estuvo internado mi marido, solo fue recién el último. Y eso que ella era enfermera. Me criticaron porque no lloré nunca. Incluso cuando lo enterramos. Me hice fuerte y me tragué las lágrimas. Soy vehemente y nadie me pasa por encima. Durante el velorio, una mujer se acercó y me dijo que yo era una santa y que ella había llorado a su marido recién dos años después, hasta entonces jamás había podido. Me entendía. Yo no le dije nada, dejo los comentarios para aquellos que les gusta llenar los escenarios de luces o leer las revistas de chismes del espectáculo.

-Y quedó la familia varada. Tuviste que volver a trabajar.

-Éramos ocho para comer. No sabía qué hacer ni cómo continuar. La sastrería no me reconocía nada, tampoco se hacía cargo de pagarme un sueldo. Necesitaba un trabajo con urgencia. Apareció la posibilidad de censar el barrio. Lo hice pero me pagaron tres meses después. Me cortaron la luz por falta de pago y tampoco tenía para darle de comer a mis hijos.

-¿Alguien los ayudó?

-Mis hijos eran boy scout porque el padre lo había sido, y Alfredo había sido muy reconocido en la iglesia del barrio, quien se ocupó de hacer de hacer un pozo. Y me entregaron un sobre con dinero, no una sola vez, sino tres o cuatro veces. Un chico que trabajaba como panadero me traía dos kilos de pan que se lo daban como parte del trabajo. Mucha gente sin recursos como nosotros se acercó a ayudarnos. Durante el día iba a la casa de gente amiga y regresaba con los chicos por la noche. Al menos ellos miraban televisión. Estuvimos unos diez días sin luz. Y mientras tanto mi suegra había cobrado un seguro de vida de mi marido. Entonces me ofreció su casa durante un tiempo bajo la promesa de comprarme un departamentito. Algo

que nunca ocurrió. Una noche mi hija estaba volando de fiebre, y le pedí dinero para llevarla al médico. Y me respondió: "No tengo plata para hacerme los dientes, ¿creés que puedo darte para la fiebre de la nena?" Esa misma noche tomé a mis hijos y volví a la casa de mis padres. Un vecino que tenía una camioneta transportó el resto de mis cosas al día siguiente.

-¿No podías hacerle un reclamo legal a la sastrería donde trabajaba Alfredo?

-La sastrería estaba por presentar convocatoria de acreedores y yo, con el consejo de un abogado, comencé a hacerle juicio. Mientras tanto, hacía lo posible por continuar mi vida, me había propuesto no desperdiciar la posibilidad de terminar la escuela nocturna, pero fallé con la muerte de mi marido. Una vez más abandonaba la posibilidad de estudiar. No tenía para el boleto y además tampoco podía estudiar cuando la prioridad era darles de comer a mis hijos.

-¿Te resultaba difícil obtener trabajo como costurera, teniendo en cuenta que era tu antiguo oficio?

-Conseguí distintas changas hasta volver a la costura. Hasta que apareció una tía que me habló de este trabajo que te comenté antes, el de censar. Me aceptaron pero tardaban meses en pagarme y yo necesitaba el dinero con urgencia y ya. Sin embargo, mientras hacía ese trabajo, conocí a una señora catequista que conocía a mis hijos por su actividad como boys scouts. Esta señora me ofreció que la acompañara al mercado central los martes y los jueves para buscar verdura donada para el jardín "Ositos cariñosos". Eran dos días a la semana: había que ir a buscar la verdura y luego lavarla. La paga era con verdura que llevaba para mis hijos, para mi hermana y mi mamá. Unos meses después la mujer me contó que estaban haciendo un comedor en el barrio, y que en ese trabajo si bien no había sueldo te llevabas merienda y cena. Me vino bien aunque nunca llegaba para comprar la garrafa. El paso siguiente fue cuando me preguntó si tenía el secundario. Yo le dije que había estudiado en la Pitman. Pero ella me repreguntó si yo sabía leer y escribir. Le dije que sí, claro. Y ella me aclaró que era para hacer una suplencia y que trabajaría como ayudante en el jardín de la sala de dos.

EL PROBLEMA NO ES HACER SABIOS A LOS CHICOS SINO ELEVAR A QUIENES SE CREEN INFERIORES EN INTELIGENCIA, HACERLOS SALIR DEL PANTANO EN QUE SE PUDREN: NO ES EL DE LA IGNORANCIA, SINO EL DESPRECIO DE SÍ MISMOS. SE TRATA DE HACER HOMBRES EMANCIPADOS Y EMANCIPADORES. (J. RANCIÉRE)

Y cuando la catequista tuvo que viajar para asistir a un congreso, yo me quedé sola trabajando en la sala. Después pasé a la sala de tres, y finalmente hacía doble turno. Me ocupaba de la mercadería, iba con un remís a buscar la verdura y hasta abría el jardín, porque la responsable de abrirlo llegaba tarde y la coordinadora de la sala de cuatro faltaba mucho, se llevaba comida y no la repartía. Mucha se ponía en mal estado en la heladera.

-¿Esa coordinadora que estaba en falta no era la catequista que te había conseguido el trabajo?

-Sí. No pasó demasiado tiempo para que Elisa se enterara de lo que sucedía en el jardín. Ella llegó una mañana y le dijo a la coordinadora: "Si no te sentís capaz de cumplir la tarea sería mejor que buscaras otra cosa". A los gritos, Elisa preguntó quién recibía la mercadería y quién se ocupaba de abrir el jardín. Yo estaba en un costadito, callada y pensando que me echaban. Mis compañeras dijeron que la que se ocupaba de esas tareas era Eva. Elisa preguntó quién era Eva. Mis compañeras me miraron. Cuando Elisa me descubrió, dijo: "A partir de ahora vos sos la nueva coordinadora. Te doy cinco minutos para que lo pienses". A la que hasta entonces había sido coordinadora la sacaron muy mal del jardín. Me sentía como robándole el trabajo a quien me había conseguido estar en ese lugar. Sin embargo, la catequista me dijo que era preferible que me quedara yo en su lugar antes de que viniera una persona extraña. Eso fue hace 16 años.

-Finalmente, pudiste terminar el secundario.

-Muchos años después, cuando comenzó a mejorar la situación económica de todos tuve la oportunidad de terminar la secundaria. Se publicó un plan llamado "Los fines" (finalización de los estudios secundarios), y no solo eso, sino que me animé a inscribirme en la carrera de "Ciencias de la educación". Amo los libros, con mi marido

siempre comprábamos novelas. Lo último que leí son “50 sombras de Gray”. Para ese entonces la situación era un tanto más despejada porque había ganado el juicio a la sastrería.

-Y el jardín te hizo popular entre los vecinos.

-El jardín me permitió una nueva manera de relacionarme con la vida. Me gusta ser famosa y hablar con todo el mundo. Hago un mandado y me detengo a conversar una hora. Mucha gente me busca para pedirme una vacante para el jardín. Hay gente que llega y lo primero que hace es preguntarle por mí a la secretaria, y si no estoy, se toman todo el tiempo para esperarme: ellas dicen “la esperamos a Eva” y eso me hace sentir necesaria, me llena de felicidad. Mi pasión es ser solidaria. Siempre quise ser enfermera. Entregar cosas a la gente me hace feliz, ser reconocida por mis alumnos cuando pasan recogiendo cartón y me gritan: ¡Adiós, señor! Cuando ayudo a los padres, cuando siento que la solidaridad con los otros es lo mejor que nos pasa como humanos. Por eso me gusta Evita, la abanderada de los humildes.

Abertina

Elegí el nombre de Albertina, personaje de “Los derechos de la salud” de Florencio Sánchez, porque es un personaje de bajo perfil, que acompaña y es solidaria en una obra en la que la mayoría de los personajes son oscuros y controvertidos. En líneas generales sabemos muy poco de Albertina, y lo que muestra Florencio Sánchez o lo que deja entrever la Albertina de nuestra historia es quizá solo una partecita de su vida, la que en este período ha podido elaborar. O tal vez, no sea así, y Albertina no sea más que una joven sin conflictos, que disfruta de su trabajo y que tiene sueños por cumplir. De una u otra forma, Albertina es un misterio por terminar a descubrir.

No existe una sociedad posible. Sólo tenemos la sociedad que es. La que acontece diariamente en el jardín, en las casas con las familias y con el orden de un sistema. No se trata de acusar a la desigualdad social ni a Dios ni a un mal radical. La sumisión social se mueve como los planetas siguiendo leyes eternas. Todos entramos en sociedad para buscar protección y cuando el Estado no actúa, aparecen las organizaciones comunitarias, que no nacen de la improvisación o de la alucinación febril de una noche de insomnio, sino de las necesidades de la gente. Y son ellas las que la crean, como fue el caso de la FOC.

Somos por naturaleza todos iguales, pero solo por naturale-

za, porque lo que está impuesto desde el poder es la profundización de la desigualdad. Jacotot planteaba que la distancia que la Escuela y la sociedad pedagogizada pretenden reducir es la misma de la cual viven y por lo tanto reproducen, esa es la paradoja.

Albertina tiene 52 años y vive en Lomas, aunque siempre amó Florencio Varela, quizá porque sea un lugar asociado a la juventud, a los bailes y a los amigos. Los recuerdos de la cintura pequeña, los vestidos, el espejo, la seducción y el misterio de encontrar en una noche el hombre ideal. Albertina recuerda su vida como si toda ella entrara en una página.

Su familia era de Lomas y se mudaron cuando sus padres se separaron. Las razones pueden ser muchas y variadas. Muy difícil encontrar una sola, aunque la que más pesa es la de la bebida. Su padre tomaba mucho. Sin embargo, con alcohol o sin él, había alimentado a ocho hijos.

Yo tenía ocho años cuando ellos se separaron y la verdad es que recuerdo poco. Mi mamá trabajaba cuidando chicos y en una guardería y mis hermanos mayores, en el Mercado Central.

La escuela secundaria la hizo hasta tercer año. No recuerda por qué la dejó, sin embargo sufrió haber abandonado los estudios. En su lugar hizo cursos de peluquería y manicura. Esos oficios brindaban una salida laboral rápida y la idea era ayudar a la casa como se pudiera.

El que llegaría a ser mi marido era amigo de mis hermanos. Nos veíamos muy poco porque no coincidíamos en los horarios. Yo trabajaba en una veterinaria y él era el armador de páginas de diarios como Página 12 y Crónica. Tiempo después dejamos de vernos y volvimos a reencontrarnos cuando murió mi mamá. Durante su enfermedad tuve que dejar el trabajo porque entre todos los hermanos decidimos que yo me ocupe de ella. Estuvo dos meses internada en el hospital de La Plata.

Yo me había quedado sin trabajo y los días se hicieron amargos, demasiados recuerdos y más aún cuando tenés todo el día para pensar. Me resultaba difícil sobreponerme y salir en busca de un nuevo trabajo. Una sobrina que trabajaba en “Caminito de colores”, uno de los jardines de la FOC que está ubicado en el barrio de Santa Marta, me pidió una mano para que la ayudara. El solo hecho de salir y conversar con gente me hacía regresar a la realidad y alejar los fantasmas de la muerte. El jardín estaba a la vuelta, y yo tenía el tiempo necesario para arrimar el hombro y dar de comer a unos cien chicos. La situación económica se complicó en el 2001. Los vecinos tenían hambre y por ese entonces teníamos un programa llamado FOPA que consistía en una merienda reforzada, la dábamos a las seis de la tarde y era para chicos y padres. Para muchos era la cena. También preparábamos viandas que la gente se llevaba y los que se quedaban eran para tomar la leche o el té. Nos dimos cuenta de que los mismos chicos que habían desayunado y almorzado en el jardín llegaban para tomar la merienda reforzada. Todo se sucedía entre las ocho y las seis de la tarde. Había mucha gente que colaboraba ayudando a limpiar, y siempre había una persona ser-vicial que nos colocaba una cortina o arreglaba una cocina.

Algo de lo que sucedió entonces está pasando ahora. La diferencia es que ahora los chicos son más desenvueltos y cuentan todo: lo que comieron a la noche, los que se van a la cama con un té, lo que conversan los padres y las relaciones con sus hermanos. Ellos son el termómetro de la salud de la casa. Una nena te dice: “¿Sabe, seño, que no le pudimos cantar el cumpleaños a mi hermano porque mi papá se peleó a las trompadas con mi tío? Se cayó y se lastimó. No le pudimos cortar la torta.” Al otro día la madre confirmaba la versión de la nena. Los golpes entre padres, la llegada de la policía y los insultos constituyen parte de la vida cotidiana. Otra de las cosas que he observado es que los chicos suelen presentir los embarazos de las madres.

-Tu caso en el jardín es parecido al de Eva: terminás cubriendo a una coordinadora que no cumple con las tareas que le corresponden y haciéndote cargo sin que nadie te lo pida.

-Algo así. La coordinadora faltaba mucho y no estaba cuando era necesario que estuviera. El resultado era que el jardín comenzaba a abandonarse. La situación se fue descontrolando. Sin que nadie me lo pidiera terminé haciendo las cosas que la coordinadora no hacía: abrir la puerta, firmar las boletas, recibir la mercadería, etc. Todo saltó a través de los comentarios de una mamá que habló con otra y esas cosas vuelan. En algún momento llegaron a la FOC, y Elisa vino al jardín. Le quitó la llave a la coordinadora y me dijo que me hiciera cargo. Lo consulté con mi marido y estuvo de acuerdo. La anterior coordinadora no se fue sino que pasó a ocupar la función de maestra en la sala de tres. Tampoco fue sencillo tomar la posta porque ella tenía dentro del jardín a su familia completa empezando por la madre, hijos, cuñada, otra hermana. Y yo ahí era la única de afuera. Sin embargo todo marchó por el camino correcto y pudimos terminar el año con el agradecimiento de los padres. El hecho de que ellos nos hayan reconocido como educadoras, en mi caso con poca formación, pero con otras habilidades fundadas en la experiencia, fue muy alentador. De esto hace 18 años.

“No hay ignorante que no sepa una infinidad de cosas y toda enseñanza debe fundarse en este saber, en esta capacidad en acto. Instruir puede significar confirmar una incapacidad o forzar una capacidad que se ignora o se niega. El primer acto se llama embrutecimiento, el segundo emancipación”, escribe Jacques Rancière en El maestro ignorante.

Nuestras vidas las seguimos haciendo en el mismo barrio, a la vuelta del jardín. Los cambios a través del tiempo fueron los más lógicos: mi marido pasó de trabajar con diarios a trabajar como chofer de un camión que coloca luminarias; mis hijos también trabajan y yo continúo en la FOC, que de alguna manera es mi segunda casa.

¿Qué pensás acerca de la discusión que se está dando en la sociedad a partir de la necesidad de una ley que despenalice el aborto?

-Cuando me embaracé de mi segundo hijo tenía puesto un diú. Al parecer falló y me vi en el dilema de qué hacer. Yo no tenía proyectos

de otro hijo, recién había nacido el primero y ni siquiera habíamos considerado un segundo hijo. El médico me informó que de una u otra manera el aparato había que sacarlo, y que si deseaba abortar éste se iba a producir de manera espontánea al romper la bolsa. Pero si decidíamos tenerlo había que rogar que no se infectara. Tomamos la decisión de tenerlo, lo que implicaba miedos: la idea de sufrir durante todo el embarazo y que de pronto en el sexto o séptimo mes se declarase una infección era una cosa traumática. Por suerte no ocurrió. No soy en lo personal partidaria del aborto. Lo justifico en el caso de una violación. Soy católica aunque no de ir a misa. Llevo a Dios conmigo y lo recuerdo en los momentos de necesidad. Eso me reprocho. Una debería estar con él, no solo en el sufrimiento sino también en la alegría. Yo creo que hay otra vida, una en donde pueda algún día reunirme con mis padres.

¿Tener presente a Dios nos hace más débiles? Quizá sea todo lo contrario y contribuya a la grandeza del alma. Necesitamos nombrar a Dios porque ayuda a situarnos dentro de la vida y a meditar sobre la muerte. El paso por el mundo es breve, y se hace necesario dialogar con Él, interrogarlo sobre las posibles salidas. Somos parte de una inmensa aventura que es la vida. Y en ella está impresa el dolor como una condición necesaria, es parte de encontrar la verdad en el cuerpo, es parte de saber que la verdad es una búsqueda tan eterna como incierta, dura los días y el infinito.

Mi dicha es la de considerar a cada uno de los días como importantes. Naturalmente que cuando una vive debe atravesar cosas dolorosas como cuando murió la coordinadora Noemí. Fue todo tan de repente. No lo esperábamos.

Lo mejor que viví en mi trabajo fue el comienzo de la ley de los jardines comunitarios. Van a pertenecer al Ministerio. Se trata de una ley que la empezamos con la ayuda de una diputada llamada Alicia Sánchez, ella nos condujo a lugares donde tuvimos la posibilidad de ser escuchados, y avanzamos, no paramos de avanzar con una meta

clara. La ley la escribimos nosotros con ella, después con el tiempo esa ley sufrió modificaciones en distintos artículos, no aceptaron algo pero se agregaron otras cosas. Y el resultado es que ya se firmó con uno de los jardines. La tarea continúa. Terminará algo y luego vendrán nuevas camadas de chicos y nosotras seremos un referente para la infancia de aquellos que la necesitan. A la mayoría de los chicos los sigo viendo, soy de estar encima de ellos y escucharlos en sus problemas. Soy consciente de la importancia de nuestra tarea y la devolución que obtengo de ellos es infinita. Un abrazo y un “¡adiós seño! En ese momento encuentro la belleza de dejar cosas con la enseñanza. Cosas que los niños mantendrán vivas en sus corazones, una llama inapagable en la adultez que sin duda ayudará a hacer de los otros mejores.

Millones y millones de maestros no alcanzarán para salvar el planeta mientras haya un grupo de mercaderes que se reparta el dinero del mundo.